

LA PEQUEÑA AMY



Por
Margarita María Niño Torres
Año 2021

Inspirada en la novela "La pequeña Dorrit"

Del autor inglés Charles Dickens 1812-1870

LA PEQUEÑA AMY

ÍNDICE

Viajeros en Marsella.....	4
La cuarentena.....	5
Antepasados Clennam.....	8
Personas de confianza.....	10
Infancia y juventud de Arthur.....	13
La muerte del padre.....	14
Regreso y recibimiento.....	15
El romance de Affery.....	21
Posiblemente un pillo.....	23
Arthur se instala.....	24
Es bueno 'ser práctico'.....	25
El trabajo de la pequeña Dorrit.....	27
La pequeña Amy.....	29
El jefe de la casa Plornish.....	31
La casa de Amy Dorrit.....	33
Los motivos del padre de Amy.....	35
Arthur asume su posición de mando.....	36
Un viejo amor.....	37
Panks el cobrador.....	39
Los inventores no son bienvenidos ni son prácticos	40
'Clennam y Doyce'.....	43
Encuentro importante.....	44
Las preocupaciones de la pequeña Dorrit.....	45
Más que un simple pillo.....	47
Las confidencias de Flora.....	49

Un dolor extraño y hondo.....	51
Panks, el adivino.....	52
La madrecita.....	53
El informe de Panks.....	55
Recuperación de Cavaletto.....	57
Aviso en Calais.....	59
Una extraña visita.....	60
Misión para Amy.....	62
Sospechas a puerta cerrada.....	64
Amy presenta su informe.....	68
Métodos de enriquecimiento.....	71
Los Dorrit ricos.....	72
El caso Merdle.....	77
Sueños y realidades del señor Dorrit.....	81
Gran cena en su honor.....	83
Buen trabajo de lógica.....	85
Anuncio de tormenta.....	86
Siempre se puede esperar algo bueno.....	89
Redención de la madre.....	90
Las cosas pueden ser menos malas de lo que parece	91
Lo viejo y bueno, renace.....	94
Los problemas suben y bajan.....	98
El nuevo interno puesto en evidencia.....	99
Noticias de Italia.....	102
Enfermedad y enfermeras.....	103
La pequeña Amy se interna.....	106
Situación difícil.....	108
El mal que puede convertirse en bien.....	110
Planes de largo alcance.....	112
Los pasos precursores del futuro.....	114

Viajeros en Marsella

En la tarde luminosa de un domingo de mayo, dos gendarmes llegaron a la cárcel de Marsella con un hombre de unos treinta y cinco a cuarenta años, que se daba aires de personaje distinguido.

Por este medio a su alcance, los policías protegían al ciudadano francés Rigaud y a la vez tranquilizaban a los integrantes de un grupo de furibundos perseguidores que lo señalaban como asesino de su propia esposa y engañador de todos los que entraban en contacto con él. No habiendo ningún oficial disponible, fue una solución pasajera en favor de la paz local. Esa noche, el señor Rigaud debería hospedarse en el calabozo y en la mañana siguiente, el director se haría cargo oficial de su caso.

En ese mismo calabozo, de manera provisional y sin acusaciones de asesinato, se encontraba un joven italiano tranquilo y de buen humor a quien habían encontrado, tres días antes, vendiendo cigarrillos de contrabando en el puerto. Él esperaba que un día cualquiera lo soltarían, pero no se preocupaba mucho. El nombre de este contrabandista inexperto era Giovanni Cavaletto.

El señor Rigaud, de inmediato estableció claramente la jerarquía entre ellos: él era el amo y Cavaletto el esclavo, porque era la situación obvia. En consecuencia, tanto el jergón que hacía de cama, como la silla única, aunque desvencijada, eran para el uso exclusivo del amo; el esclavo debía acomodarse en el piso según ha sido siempre. Cavaletto aceptó sin ninguna dificultad pues lo de sentarse o dormir sobre el duro piso no representaba para él ninguna molestia.

El señor tenía dinero y encargó al carcelero que le procurara una cena completa y una botella de vino. Cavaletto se conformaría con el pan de la prisión como venía haciéndolo desde su ingreso. Al final de la cena, Rigaud le permitió escurrir el último trago de vino de la botella, como un gesto de gran generosidad que Cavaletto aceptó con gran gusto.

Al día siguiente el jefe de la policía escuchó a los pocos que llegaron con acusaciones contra Rigaud pero no vio en todo eso ninguna prueba real de asesinato. Entonces mandó a los gendarmes para evitar tumultos, que llevaran de manera encubierta al preso fuera de la ciudad. Que cuando estuvieran en el campo, sobre un camino, lo soltaran y lo conminaran a no regresar a Marsella por ningún motivo. Como Cavaletto no originaba conflicto de momento, el jefe no se preocupó por su caso y él continuó en el calabozo. Solo al final de la semana fue dada la orden de liberarlo, con la advertencia de que debería ganarse la vida con trabajos honorables, de acuerdo con la ley.

Estos dos personajes tendrán oportunidad de aparecer de nuevo en la historia que vamos a relatar y que comienza en esos mismos días, y coincidentalmente, en Marsella.

La cuarentena

Un barco procedente de China entró al puerto de Marsella en esa segunda semana de mayo. Inmediatamente, los encargados de la vigilancia informaron al capitán que ningún pasajero ni tripulante podrían bajar del barco hasta que hubieran pasado un mínimo de ocho días en buena salud. El barco había tocado tierra en dos puertos en los que la peste había matado a muchas personas y era muy importante defender a la ciudad de posible contagio.

En tal situación de cuarentena (diez días en total) los pasajeros buscaron formas de matar el tiempo con juegos y conversaciones. Se incrementaron las relaciones, se establecieron amistades, se compartieron recuerdos y también se agudizaron algunas diferencias que ya existían entre unos y otros. No es fácil lograr que cincuenta personas mantengan un ánimo tranquilo y jovial si están obligados a permanecer en espacios muy limitados.

Arthur Clennam se había embarcado en China, desde el inicio del viaje. Hombre solo, de cuarenta años, con piel morena y ojos oscuros, era un ciudadano inglés que llevaba veinte años viviendo en China. El señor Clennam había establecido, durante el tiempo de viaje que compartieron, una buena relación de amistad con la familia del señor Meagle, también inglés, londinense de unos cincuenta años. Los Meagle habían subido al barco en un puerto de la India, dos semanas después de Clennam. La familia la conformaban los esposos y una hija de veinte años, muy bonita y amable. No existía aun una gran confianza entre ellos, pero solían conversar largamente con mutuo placer. Arthur estaba especialmente interesado en comprender los temas políticos de Inglaterra. Había salido cuando era muy joven y durante todos esos largos años se enteraba únicamente de lo que aparecía en los diarios ingleses que llegaban a Pekín. El señor Meagle, quien decía de sí mismo que era una persona práctica, aconsejaba a Arthur que hiciera como él: Nada de adelantarse a los acontecimientos y hacer buena cara a lo que fuera apareciendo, sin sufrir, aunque no resultara como lo había pensado.

El tema de la cuarentena puso muy incómodas a la señora Meagle y a su hija. Ellas desesperaban por estar en Londres, por

ver a sus amigos, por mirar las tiendas de ropa y, por saber todo lo relacionado con las modas, con las fiestas, con los galanes y todos los temas que siempre atraen a las damas de elevada clase social .

La joven se llamaba Tesoro. Respecto de ella, Arthur sospechaba que existía una real preocupación en los padres pero ellos no hablaban de ningún asunto en tal sentido ni él se atrevió a preguntar. Incluso llegó a pensar en galantearla con intenciones de entrar en una relación seria, pero cada vez que intentaba acercarse, lo desanimaba algo como un muro que ella interponía y lo dejaba por fuera. Entonces, aceptó el consejo de 'ser práctico' que le diera el señor Meagle, y abandonó el proyecto.

Así llegó el final de la cuarentena y el barco zarpó rumbo a Dover. Desembarcaron el primer domingo de junio poco después del crepúsculo y los amigos se despidieron afectuosamente, prometiendo visitarse y hacer crecer su amistad.

En un coche de alquiler Arthur llegó a una posada conocida por él desde sus años mozos, en el centro de la ciudad. Hizo bajar su equipaje y se sentó a una mesa para comer.

Al terminar, aunque hubiera querido quedarse a dormir ahí, decidió ir a su casa para enfrentar y derrotar de una vez ese malestar que le provocaba el pensamiento de saludar y conversar nuevamente con su madre. Dejó su equipaje al cuidado de la dueña de la posada y salió a pie.

Antepasados Clennam

John Clennam había fundado una casa comercial que realizaba negocios con países de Oriente y tenía dos sedes fijas: una en Londres y otra en Pekín. Mediante acuerdos con otras empresas realizaban negocios en países intermedios. A su muerte, la empresa pasaría, junto con la casa de la familia a su hijo James Clennam, único heredero, pero solamente después de que hubiera contraído matrimonio. En caso de que permaneciera soltero, Thomas, hermano menor de John y tío de James se haría cargo del negocio y de la casa, hasta el momento en que James llenara el requisito del matrimonio.

James era un joven inquieto y enamorado. Sucedió que su padre murió cuando él tenía diecisiete años y no pensaba en matrimonio. El tío Thomas se puso en la tarea de encontrar la esposa conveniente para que el joven James entrara en posesión de su herencia, lo cual era importante porque el asunto necesitaba de una dirección activa y permanente. James le prometió que se casaría con quien él le recomendara pero le pidió un plazo de seis meses para despedirse de su vida un poco desordenada. Así quedaron en que al siguiente año se celebraría el matrimonio, con la prometida que Thomas le consiguiera.

Mientras se cumplía ese plazo, James se fue de paseo a Salisbury porque allá pasaba vacaciones una bailarina de quien él estaba tremendamente enamorado. Ella, Diane, formaba parte de un grupo musical en Londres, dirigido por alguien llamado Frederick Dorrit, clarinetista alegre y despreocupado y el grupo producía ingresos suficientes para todos sus integrantes.

Sucedió que Frederick, al final de esas vacaciones, una vez que ella y también James regresaron a Londres, propuso matrimonio

a Diane, la bailarina principal del grupo, y ella le aceptó. Pero en los meses anteriores, el enamoramiento de James había alcanzado una fuerza tremenda y cuando él supo del compromiso de Diane con el clarinetista Dorrit, su vida sentimental se derrumbó y él entró en gran depresión.

Estaba en trance de irse lejos de Londres, cuando una noche Diane llegó hasta su puerta y golpeó suavemente. Él la hizo entrar con esperanza y temor y ella lo abrazó llorando. El asunto no era que hubiera venido a decirle, esperanza que él no abandonaba, que había roto el compromiso con Frederick. El asunto era que ella esperaba un hijo de él, de James.

Se sentaron entonces a planear lo que harían. El peso de las reglas de la sociedad hacía imposible resolver el problema con un matrimonio entre ellos. Ni siquiera lo pensaron. Después de estudiar las opciones que existían, sin perjudicar el futuro de Diane que amaba al clarinetista, decidieron que ella se iría al campo con una amiga y allá esperaría al bebé, sin contar a nadie quién era el padre y dando a Frederick la disculpa de que ella necesitaba mejorar la salud de sus pulmones que había empeorado, lo cual era cierto. Él que era un alma simple y bondadosa, además de alegre y parrandero, no opondría ninguna objeción.

El siguiente acuerdo fue que cuando el bebé naciera, él, James iría a recogerlo de parte de un orfanato en donde ella lo iba a dejar. Ella misma se lo entregaría y ahí se despedirían los dos y él, efectivamente, llevaría el niño al orfanato.

Mientras esto sucedía, el tío de James encontró a la dama precisa para el matrimonio. Fue a buscar a James pocos días después de su regreso Londres, para hablarle del hecho.

Entonces James con su alma llena de temores y remordimientos le contó toda la verdad. El tío no se impresionó en absoluto. Le dijo que la señorita que le proponía, sin ninguna duda aceptaría ser la madre del bebé. Ella era ya un poco mayor y muy posiblemente no tendría muchos deseos de entrar en embarazos y sí tendría mucho gusto en sacrificar su vida por un niño, porque ella era alguien muy religioso que pensaba que a Dios le gustaban mucho los sacrificios.

Así que se planeó la boda para un mes después del día del nacimiento del bebé. En ese mes, el bebé estaría a cargo de una dama de toda confianza del tío Thomas.

Personas de confianza

La prometida de James se llamaba Josephine Brown y era la hija única de la única hermana del cura de la parroquia de San Silvano. El padre de la niña había muerto cuando ella tenía ocho años. Ella creció al lado de su madre, quien acompañó a su hermano como asistente en todas las parroquias en donde él se desempeñó como pastor. La madre murió tres años antes de este asunto del casamiento y Josephine había continuado ejerciendo las funciones de asistente de su tío el párroco, siguiendo al pie de la letra la tremenda educación de temor y castigos y sacrificios y oraciones exaltadas que su madre le inculcó.

La joven pasaba los treinta años de edad cuando apareció Thomas Clennam a proponerle a su viejo amigo el cura, que su sobrina Josephine, fuera la esposa del sobrino de Thomas llamado James Clennam. Fue un buen acuerdo entre tíos. Tanto el cura como su sobrina fueron informados de la existencia del bebé y aceptaron el asunto. Solo había que esperar a que naciera

el niño y la madre natural volviera a su trabajo de bailarina y a su compromiso amoroso con el clarinetista.

Es importante recalcar aquí que la rigidez moral de la madre de Josephine, rigidez que la hija heredó en grado superlativo, no provenía del hermano cura. Éste era un hombre de vida espiritual tranquila y tolerante. El rigor religioso de Josephine, la novia de James provenía de su abuela materna, según el propio cura le contó a su amigo Thomas cuando hablaron de la conveniencia del matrimonio entre sus sobrinos.

De esta forma, James y Josephine se casaron en Londres sin la motivación del amor. James triste por la tristeza de la madre biológica del niño que lloró amargamente al separarse de su hijito y por su propia tristeza de verse definitivamente alejado de la mujer que amaba.

Josephine, ni triste ni alegre, se propuso educar a su hijo adoptivo quien sería bautizado como hijo del matrimonio, con la misma rigidez con la cual su madre la había educado a ella. Esta era la forma en la cual ella creía amar y cumplir sus deberes maternos con el pequeño Arthur.

Antes del matrimonio, el tío Thomas envió a su propio empleado para que diera un arreglo general a la casa que heredaba James. Este empleado de nombre Jeremiah Flintwinch, hábil e inteligente, hizo los arreglos necesarios: reforzar los cimientos y limpiar el canal alrededor de la casa porque un sector del piso había cedido en la última época de lluvias, recoger todos los escombros y basuras acumulados en largo tiempo y pintar las paredes. Finalmente a modo de adornos colocó algunos grabados de temas bíblicos que encontró, arregló los pocos muebles existentes y con ellos

organizó la alcoba, el comedor y una sala pequeña, dejando vacíos dos cuartos de tamaño medio. El más grande de todos era el espacio en donde Thomas tenía la oficina del negocio que sería de James a partir del día del matrimonio, en el cual el propio Jeremiah, quien sabía leer y escribir, venía colaborando a modo de secretario y archivador de documentos. Ese cuarto continuó exactamente igual, lo mismo que la cocina y los cuartos del servicio.

Thomas, por su parte consiguió una cuna provista de la necesaria ropa para mantener un bebé recién nacido y la ubicó en la alcoba del matrimonio.

Dado que James entraba como jefe de la empresa, Thomas acordó con él y con Jeremiah que este último continuaría al servicio de James, con residencia en la misma casa, en el sector dedicado para las personas de servicio.

Así llegó el día en el cual se celebró el matrimonio y la pareja se instaló en la casa. Esa misma tarde llegó el tío Thomas con el pequeño Arthur y lo entregó a los recién casados.

Una semana después Josephine contrató para ayuda en la cocina y en todo lo relacionado con las ropas y alimentación de Arthur a una mujer joven llamada Affery, de buen genio y poca inteligencia pero completamente confiable en cuanto al cuidado del niño. Affery había sido la hermana mayor de cinco y prácticamente había criado a sus cuatro hermanos menores quienes crecieron sanos en medio de la pobreza de su familia.

Así, de las personas que vivían en esa casa, solamente Affery y el propio niño, no sabían que Arthur era adoptado. Ella siempre lo quiso y lo cuidó con todo esmero sin preocuparse por el asunto. Jeremiah sí sabía que Arthur era hijo de James mas no

de Josephine y que había sido bautizado como hijo de la pareja, pero ignoraba todo sobre la madre natural del niño. Además se comprometió con su patrón Thomas a que nunca mencionaría el asunto, por ningún motivo.

Jeremiah tenía un hermano gemelo, Gilbert quien, a diferencia de su hermano, continuaba analfabeta y vivía de lo que podía levantar en las tabernas, fuere por pequeños servicios o como limosnas o como vendedor de objetos robados..., pero siempre borracho o en trámite de lograrlo cuando sus fondos llegaban a cero. En casos de demasiada ansiedad buscaba a su hermano para pedirle auxilio. Estas entrevistas tenían lugar en una entrada disimulada que conducía al sótano de la casa cuya escalera desembocaba en el cuarto de Jeremiah y de cuya existencia nada sabían los otros ocupantes de la vivienda, quienes tampoco sabían de la existencia de Gilbert Flintwich.

Infancia y juventud de Arthur

En el ambiente de esa casa oscura y mal distribuida, vivió Arthur su infancia y sus años juveniles. Sus recuerdos de los domingos eran los más sombríos: en la mañana, asistencia al servicio religioso, rígido y aburrido; después largos ratos sentado frente a sus padres que hablaban poco y miraban en direcciones opuestas.

Cuando Arthur tenía diez años, su padre, James Clennam, supo que Frederick Dorrit, junto con su hermano William habían tenido un gran fracaso en sus negocios, que el grupo musical se había disuelto y que Diane había muerto de su enfermedad pulmonar. Decidió, bajo el peso de la tristeza y de la depresión, irse a administrar directamente la sede del negocio en China, dejando a su esposa completamente a cargo de la sede de

Londres. Jeremiah Flintwich continuaría como ayudante y manejador de papeles. Acordaron que Arthur viviría con ella hasta los dieciocho años y luego viajaría a China para vivir con su padre.

Antes de partir, James Clennam repitió varias veces a su esposa que ellos deberían ayudar a Frederick Dorrit pues al quedarse ellos con el niño le habían dado mucho dolor a la madre y que sin duda, esa situación había acelerado su muerte y el fracaso económico de la familia Dorrit. Josephine lo aceptó con el ceño fruncido y repitiendo para sus adentros algo como: '...que sufra él por la parte del pecado de ella mientras yo sufro y cargo las consecuencias de algo que no hice, eso será siempre injusto, pero es un verdadero sacrificio que puedo ofrecer a Dios...!'

Al llegar a los dieciocho, Arthur conoció a Flora Casby, la hija de un hombre de negocios que visitaba a su madre cuando tenían algún trato común relativo a sus intereses económicos. Se enamoró de ella pero fue ásperamente rechazado por el señor Casby. Coincidió con el hecho de que su propio padre escribió para decirle que era hora de que fuera a asumir su responsabilidad en Pekín y, sin más, poco antes de los veinte años, Arthur se embarcó rumbo a China.

La muerte del padre

Diez años después de la llegada de Arthur a China, James escribió su testamento, lo dio a conocer a su hijo y lo envió a su tío Thomas para que él lo pusiera en las manos de los asesores legales en Londres.

Thomas murió cuatro años después de haber cumplido con la precaución encomendada por su sobrino.

James Clennam murió un año antes del viaje de regreso de Arthur.

En los días anteriores a su muerte, el padre intentó varias veces decir algo a su hijo, algo que Arthur comprendió como una preocupación por alguien, como si le quisiera recomendar a alguien a quien se le debía mucho, pero James no pudo hablar y expiró. Este sentimiento llegó con Arthur a Londres. Él traía el dinero que le quedó del funcionamiento del negocio en Pekín cuando se liquidó la oficina y se pagaron las deudas. Ese dinero no era mucho, pero Arthur se propuso reservar todo lo que le fuera posible, por si lograba descifrar cuál era el deseo de su padre: en favor de quién quiso hablarle. Si llegaba a saberlo deseaba tener algo que ofrecer a esa persona...

En estas circunstancias Arthur caminaba esa tarde de domingo hacia la casa de su madre, la casa de su infancia, su casa. Él, Arthur, era el único heredero de la casa y de la sede de Pekín del negocio familiar, sede que él mismo liquidó definitivamente en el año que acababa de pasar desde la muerte de su padre. La sede de Londres continuaría bajo la dirección de su madre y él, Arthur, podría tomar la decisión de continuar o no, en colaboración con ella. Él había decidido no continuar. Josephine recibía la propiedad de toda la parte del negocio que funcionaba en Londres. Obviamente ella viviría en la casa hasta su muerte.

Regreso y recibimiento

Había llovido, comenzaba a caer la noche sin crepúsculo, las calles del centro de Londres estaban mojadas y el barro se acumulaba contra las orillas por acción de los carros y del viento.

El camino seguido por Arthur no había cambiado del que sus recuerdos le mostraban. Las mismas calles bordeadas de diversos tipos de viviendas a cuál más feas unas que otras. Paredes cubiertas del humo londinense que penetraba toda pintura y que con la lluvia se tornaba más oscuro y más lúgubre. Basuras acumuladas en el exterior cerca de las puertas de los negocios producían olores desagradables de múltiples variedades. Seguían nuevas calles con casas medio destruidas al lado de otras que parecían nuevas pero de una calidad enfermiza y de corta vida, cada vez más espaciadas. Finalmente llegó a la calle, un poco empinada, de la casa.

Esa calle bordeaba, del lado más alto lotes vacíos cubiertos de matorrales hirsutos y abandonados y del otro lado las espaldas de construcciones viejas y pesadas que finalizaban en la casa de sus recuerdos, medio atravesada en la esquina, que era un ángulo agudo del cual la calle que bajaba exhibía los frentes de las casas. Todo exactamente igual a la que él había dejado veinte años atrás. Ni un solo cambio. Por el lado de arriba, la casa no tenía ninguna señal de una mano de pintura ni reciente ni lejana, ninguna ventana iluminada, aparte del ventanuco de la alcoba de su madre cuya cortina dejaba traslucir el resplandor mortecino de una vela en cuanto oscurecía un poco. Esa débil luz que no se apagaba ni de día ni de noche, era el faro que le marcaba el hogar. Mientras bordeaba la esquina, Arthur observaba y tomaba nota de cada detalle:

— La misma de siempre..., no ha cambiado nada... ah, solo esos refuerzos para que no se deslice... debieron fallar otra vez los cimientos y los reforzaron pero ni siquiera terminaron de recoger los escombros que ahora llenan el canal de desagüe...,

tendré que hacer algo porque ahora soy el dueño... del lado más alto —se dijo y, apurando el paso llegó hasta la puerta y llamó.

Flintwich abrió sin demora.

— Al fin llega usted, Arthur. Hace un año lo estamos esperando —fue el saludo poco efusivo que dirigió al recién llegado

— Buenas tardes, Jeremiah —dijo Arthur y agregó:

— Mi padre murió casi repentinamente y fueron muchos los asuntos que tuve que atender antes de salir de China. Viajé en cuanto pude —luego sin esperar ninguna nueva intervención pidió:

— ¿Podría hacerme el favor de avisar a mi madre de mi llegada?

— Ya subo, pero no estoy muy seguro de que quiera recibirlo hoy por ser domingo y por tratarse de asuntos de negocio —advirtió Jeremiah.

Arthur hizo como si no hubiera oído lo de 'asuntos de negocio' y esperó. Un momento después escuchó la voz de su madre que lo llamaba.

— Sube, Arthur

Los dos tramos de escalera que conocía de memoria y podía recorrer con los ojos cerrados en su niñez, seguían iguales. En un minuto estuvo en la puerta de la alcoba:

— ¿Cómo estás, madre? —le dijo y se acercó para darle un abrazo, que se redujo a una pequeña aproximación de sus manos a los hombros de Josephine. ella, en silla de ruedas, lo miraba con una expresión de quien reconoce a alguien y espera que ese alguien le exprese algún recado de otro. Respiró lentamente y contestó:

— Estoy como me ves. Aquí reducida a esta silla y a este cuarto. Yo no tuve la oportunidad de pasearme por otros países. Aquí sigo.

— Pero tu salud, ¿cómo está?, ¿qué dicen los médicos? —se interesó Arthur.

— Bueno, bueno, ese no es un asunto importante. Al fin solo estoy aquí en espera de recibir tus órdenes —fue la inesperada respuesta.

Arthur respondió en seguida, con calma y pensando bien cada frase:

— No tienes que recibir ninguna orden mía. Esta es tu casa y el negocio es tuyo. La sede de Pekín fue liquidada completamente. Si te sirvo para algo, puedo ayudarte por el tiempo que quieras, pero mi intención es abandonar del todo mi participación en la empresa. Definitivamente no me siento con capacidades para hacerla avanzar.

Josephine llamó enseguida, en voz alta:

— Señor Flintwich, ¡suba por favor!

Cuando el hombre apareció en la puerta ella le dijo:

— Mi hijo dice que abandona la empresa. Usted que todos estos años ha estado conmigo en la lucha por ella, ¿quiere continuar conmigo, no como empleado sino como socio?

Flintwich muy emocionado contestó:

— Me siento muy honrado y claro que continuaré con mayor ánimo a su lado para que la empresa prospere —hizo una pausa y agregó:

— Espere, por favor, llamo a mi mujer para que ella se entere
—enseguida sacando la cabeza por la puerta llamó:

— Affery, mujer, ¡venga!

Arthur permaneció inmóvil, pero lo distrajo una joven que asomó al fondo de la habitación y salió haciendo una inclinación de cabeza y diciendo:

— hasta mañana, señora Clennam —y enseguida a él:

— buenas tardes, señor Clennam".

Arthur no hizo ningún ademán especial, aparte de decir amablemente "buenas tardes, señorita". En unos minutos se escucharon los pasos de Affery y su respiración difícil mientras subía la escalera. Cuando llegó a la puerta entró y se paró al lado de su marido. Él enseguida le habló:

— Affery, mira quién acaba de llegar. y, fíjate que no quiere trabajar con la señora Clennam. Que la empresa es ahora solo de ella, pero ella quiere que yo sea su socio. ¿Qué te parece?

La buena Affery se emocionó al ver a Arthur y lo saludó con su sonrisa de toda la vida. Luego le dijo a Jeremiah:

— Pues como yo no sé de eso de negocios, pues yo seguiré igual
—y enseguida, volviéndose a Arthur le preguntó si le preparaba algo de comer, a lo cual él contestó que no por el momento. Entonces Affery se retiró.

Finalmente los tres acordaron que por las siguientes dos semanas Arthur iba a estar pendiente de lo que se pudiera ofrecer. Él aclaró que, salvo esa misma noche que dormiría en su antiguo cuarto, en adelante se hospedaría en un hotel en el centro y vendría de día para colaborarles.

Flintwich terminó muy orgulloso la reunión. Eso sí, antes de retirarse expresó que él era consciente de que el dueño de la casa era Arthur y que si él lo pedía, ellos, el matrimonio Flintwich, se irían a vivir a otra parte, a lo cual la madre se opuso rotundamente y Arthur estuvo de acuerdo con ella.

Finalmente la reunión terminó cuando anochecía. Jeremiah dio orden a su mujer de arreglar el cuarto para Arthur y se retiró. Quedaron Arthur y su madre:

— Entonces, tu padre te encargó que me enviaras el reloj que nos regaló su tío Thomas en nuestro matrimonio. ¿Cómo fue eso? —preguntó ella.

— Pues nunca vi a mi padre tan ansioso de que yo cumpliera un deseo suyo y, una vez que le entregué el comprobante de que el reloj había sido enviado, empezó a contar los días hasta que llegó la confirmación de que tu lo habías recibido —él no me explicó nada al respecto pero lo vi muy aliviado.

— Y tú, ¿qué te propones hacer? —preguntó ella con mucha mayor suavidad que todo lo expresado en la reunión anterior.

— Pues madre, yo creo que puedo trabajar con alguna firma en cuestiones contables, pero sin intervenir en los asuntos mismos de la empresa. Realmente no soy bueno para proponer tipos de negocios ni mucho menos para implementar su desarrollo, pero sí soy bueno con el manejo de los datos de entradas y gastos y variaciones del mercado, y , hasta para predecir de acuerdo a los balances contables cómo evolucionará la empresa. Pero tampoco estoy completamente seguro de que lo podré lograr. Ahí iré viendo poco a poco qué es lo que realmente puedo hacer bien.

— Espero que todo te resulte —dijo ella. Hizo una pausa y continuó:

— En cuanto a mí, pues seguiré con mi vejez, mi reumatismo, mi silla de ruedas y el trabajo que venimos haciendo el señor Flintwich y yo, que no da mucho dinero pero tampoco está perdido. En cuanto a esta casa, danos un tiempo para organizar todos los papeles. Si no te opones seguiremos utilizando la misma sala en donde ha funcionado siempre, desde nuestro matrimonio, cuando el tío Thomas nos entregó a tu padre y a mí la empresa que tu abuelo John creó y esta casa para que viviéramos.

— Claro que sí, madre. Confío en que puedas vivir aquí tranquila y mantenerte activa pues eso es lo más conveniente para tu salud y satisfacción interior. De todas formas soy tu hijo y siempre estaré pendiente de ti

El romance de Affery

Apareció Affery para avisar a Arthur que bajara al comedor. Ella ayudaría a la señora y después esperaba acompañarlo a su cuarto para ver si algo le faltaba. Arthur deseó buenas noches a su madre y salió.

Arthur comió y recordó las comidas de su infancia y, cuando Affery regresó, él miró a su niñera convertida en una mujer avejentada pero, los mismos gestos de siempre le dejaron percibir el cariño que no había muerto. Luego subieron a la alcoba.

— Y ¿cuándo te casaste con Jeremiah? —preguntó Arthur

— Hace como diez años, cuando ella no volvió a salir de su cuarto y nos quedamos solamente los tres en la casa. Un día él

me dijo que si me gustaba el apellido Flintwich. Le pregunté por qué y me contestó que nos íbamos a casar el domingo siguiente. Que la señora estaba de acuerdo. Que era necesario porque teníamos que vivir siempre aquí los tres pues ella no podía moverse. Entonces, pues lo mejor era casarnos. Y ¿qué iba a decir yo?, pues que sí. Y así fue —concluyó Affery.

— Y ¿todo ha estado bien? —preguntó Arthur

— Pues... ahí!. A mi me asustan los ruidos que oigo a veces, como debajo del suelo, pero él dice que son sueños míos. Que no hay nada debajo del suelo. Pero al fin, pues no ha pasado nada. Solo el arreglo porque la casa se estaba cayendo por ese lado. Vinieron dos hombres y con Jeremiah la trancaron. Pero los ruidos siguen. A veces de día y a veces de noche

Entonces Arthur preguntó por la joven que él había visto en el cuarto de su madre. Affery le dijo que la llamaban "la pequeña Dorrit", que hacía trabajos de costura y que había sido recomendada a la señora Clennam por el señor Plornish quien había venido a hacer un trabajo después de la cuestión de los cimientos y había traído un papel con el nombre y dirección y la señora la había mandado llamar ese mismo día. Ese trabajador también mencionó al señor Casby, pero por otro motivo...

Arthur repitió lo acordado con su madre y Jeremiah, según lo cual ella, Affery, podía continuar con su trabajo de siempre. Él, por su parte vendría con frecuencia pero no se quedaría a dormir.

Luego de desearle buenas noches, Affery lo dejó y volvió a la cocina y de ahí subió para ayudar a la señora Clennam en el proceso de meterse en la cama.

Finalmente Arthur se acostó. Antes de dormirse pensó en el hecho de que su madre hubiera decidido la contratación de la joven Dorrit en cuanto supo de su existencia y condición de costurera. Y qué tendría que ver eso con Casby? Se prometió hacer averiguaciones por su cuenta.

Posiblemente un pillo...

Al día siguiente, luego de levantarse y desayunar, salió hacia el centro para buscar un hotel conveniente y pasar luego por la posada para recoger sus cosas.

En la posada escuchó una historia interesante: el día anterior, al caer el sol, había llegado un extranjero que parecía italiano, joven y sin equipaje. Dijo llamarse Juan Bautista Cavaletto. Pidió comida y cama, ambas de las más económicas, pagó por adelantado, se alimentó y subió a dormir porque estaba muy cansado. Hacia medianoche en medio de la lluvia, había llegado otro extranjero, no tan joven y sin duda de otra nacionalidad, posiblemente francesa, quien dijo apellidarse Rigaud. Pidió una cena costosa, a la carta, una botella de vino de la mejor calidad y, después de comer quería una cama de primera. Comió según su pedido pero solamente tenían camas de nivel económico, en el mismo cuarto donde ya dormía el otro extranjero. Entonces aceptó, subió y se encerró con llave para dormir tranquilo, según dijo.

En la mañana, pocas horas antes de la llegada de Arthur, la dueña de la pensión había estado muy ofendida porque el francés había bajado hablando groseramente y diciendo a gritos que qué clase de lugar era ése, que el otro que dormía en el cuarto lo había robado y se había ido quién sabe a qué hora.

La señora le respondió que ella había llegado a las seis de la mañana, se había acercado al cuarto y lo encontró cerrado con llave por dentro.

— ¿Cómo fue que pudo salir el primer huésped? —preguntó al furioso, y añadió:

— Casualmente el que había pagado todo por adelantado —eso sonaba raro, así que cerró la puerta y dijo que el señor Rigaud debía pagar o esperar a que llegara la policía que ya estaba en camino. Entonces el interpelado se apresuró a pagar y dejando propina, salió rápidamente.

Quedó en el pensamiento de los que estuvieron presentes que habían hospedado y soltado a un pillo...

Estos eran los dos huéspedes que conocimos en la cárcel de Marsella y, evidentemente, esos mismos se encontraban libres en Londres dos semanas después. Eso no lo sabía nadie...

Arthur se instala

Arthur recogió su equipaje. Había reservado un cuarto de hotel en Covent Garden y hacia allá se dirigió en un coche de alquiler.

Para ocupar ese día que pensaba pasar lejos de la casa con el objetivo de que los efectos de la conversación del día anterior se calmaran y ellos tuvieran tiempo de conversar y planear, Arthur decidió visitar al señor Meagle y familia. Buscó la dirección y arrancó a pie.

Por el camino pensó en Tesoro, la hija de los Meagle. Muy bonita muy fina y bien educada. Pensó que le gustaría cortejarla, pero dudó un poco, recordando la actitud de ella en el

barco y resolvió esperar que pasara un tiempo de trato cordial para conocer mejor a la familia y a la joven misma.

La vivienda de los Meagle era una bonita casa rodeada de jardín y sin construcciones demasiado cercanas. Era un rincón campestre en la ciudad.

Los señores Meagle y su hija recibieron a Arthur con muchas expresiones de afecto y amistad y luego de una corta charla y una copa de vino, lo invitaron a recorrer la casa y a ver todos los recuerdos de los viajes por el mundo de esa familia, cuya vida discurría orientada por los mapas y las descripciones de fantásticos lugares. Cuando estaban de viaje, siempre encontraban algo criticable en cada lugar pero cuando estaban en la casa suspiraban siempre por volver a ese mismo lugar.

Es bueno 'ser práctico'

Arthur intentó despedirse más o menos pronto pero todos tres se lo impidieron. Debía quedarse para comer con ellos. Así que, mientras llegaba la hora se sentaron en el jardín y conversaron sobre la vida y la sociedad inglesa del momento. El señor Meagle era funcionario del gobierno y tenía como lema 'ser práctico', lo cual significaba para él algo como 'no meterse en líos', o 'no pretender nadar contra la corriente'. Evitar a toda costa 'ser raro': esos eran los mandamientos de todo el que quisiera vivir una vida sin demasiados problemas. Eso mismo le aconsejaba a Arthur en cuanto a lo que se propusiera hacer en la nueva etapa de su existencia.

Cuando llevaban un rato de esta conversación, alguien llamó a la puerta. Arthur observó que Tesoro se irguió y miró emocionada mientras el joven del servicio pasaba para abrir.

Escucharon una voz masculina que saludaba y Tesoro se adelantó a dar la bienvenida al recién llegado: un hombre no demasiado joven, sin duda bien educado y perteneciente al nivel alto de la sociedad. La señora Meagle que estaba a su lado, dijo en voz baja a Arthur que se trataba del pretendiente de Tesoro, mientras ese señor se dirigía hacia ella para saludarla muy ceremoniosamente. Arthur se alegró de haber desistido de cortejar a la chica desde antes de entrar en la casa: se había ahorrado un momento complicado. —Bueno, he sido práctico— se dijo y sonrió para sí mismo.

Arthur y el pretendiente, señor Gowen, fueron presentados por el señor Meagle y a continuación la señora Meagle invitó a todos a pasar al comedor.

En el transcurso de la conversación Arthur supo que el nombre real de Tesoro era Minnie, y que Gowen era pintor en espera de un apoyo gubernamental para viajar a Francia e Italia y completar su formación artística con los grandes maestros. Al mirarlos no pudo menos que ver que la chica estaba muy enamorada, pero el hombre pensaba solo en sí mismo y en el dinero de Meagle.

Cuando miraba a los Meagle, Arthur leía en su expresión un acuerdo completo con su propio pensamiento. Ese pretendiente no simpatizaba a los padres, pero no podían hacer nada al respecto.

Después de comer y de tomar un café en el jardín, Arthur se despidió con gran cordialidad de sus amigos y también, con toda cortesía, del futuro integrante de la familia. El señor Meagle lo despidió en la puerta con un apretón de manos y una mirada un poco triste y preocupada. Arthur correspondió a su

amigo con un gesto de comprensión y solidaridad. Volvió a su hotel.

Antes de acostarse preparó, escritas por él mismo, diez tarjetas provisionales con su nombre y la dirección del hotel. "Siempre se necesita dejar una tarjeta. hay que ser práctico", se dijo sonriendo, mientras metía las tarjetas en su cartera.

El trabajo de la pequeña Dorrit

Al día siguiente, martes, muy temprano, Arthur salió para su casa. Quería preguntar a su madre directamente sobre la pequeña Dorrit.

Cuando llegó, Affery le ofreció desayuno que Arthur aceptó. Ella le dijo que los 'dos inteligentes' habían discutido mucho pero después se calmaron y que Jeremiah se había pasado todo el día anterior haciendo orden en el cuarto de los papeles.

— Buenos días madre —saludó Arthur al llegar a la puerta de la alcoba.

Ella le contestó y él, de una vez, le preguntó si ese día la costurera trabajaba con ella.

— No, hoy no es día de esa ayuda. Son tres días a la semana: lunes, miércoles y viernes. Mañana sí estará aquí— contestó la madre. Enseguida añadió:

— El domingo vino solo un rato para sacar algo urgente. Por eso la encontraste aquí.

— Y ¿cómo fue que te decidiste por contratar a alguien para que te ayude con esas tareas?. A mi me parece muy bien —dijo Arthur.

— Es una historia vieja. Yo deseaba contactar a alguien de esa familia y resultó sin necesidad de buscarlos. Yo había conocido a un tío de Amy cuando vivíamos mi madre y yo en la parroquia de San Silvano. Él era muy buena persona; ayudó mucho a mi tío que era el párroco, con el coro. Mi tío nos recomendó a tu papá y a mi que si en el futuro los podíamos ayudar, que lo hiciéramos

Realmente Josephine relacionó la información que recordaba del coro de la parroquia, con la ansiedad de su esposo James antes de partir para China, de que debían ayudar a esas personas Dorrit que ellos habían hecho sufrir tanto, aunque había disculpas suficientes para lo que hicieron. Ella, sin abandonar su dureza y su rencor, recordó todo al leer el papel con las palabras *Amy Dorrit, 'costurera'* que le hizo llegar uno de los trabajadores. Con el mismo emisario le mandó decir que viniera apenas tuviera un momento para que hablaran. En cuanto la vio y habló con ella, decidió apoyar a esa jovencita tan pobre y bondadosa que no sabía nada del pasado.

— Y cómo supiste que esta joven era de esa familia? —preguntó el hijo.

— El hombre que trajo el papelito es arrendatario del señor Casby, el que tú conoces. Entonces le mandé una nota pidiéndole que me dijera si ese trabajador era de confianza y me contestó que si. Que era muy pobre pero siempre honesto. Y ese trabajador me dijo cuál era la familia de Amy —explicó ella y al final agregó:

— Mejor no hables de esto con Jeremiah.

— Ah, bueno, gracias madre. Yo también me quedo tranquilo al respecto, y claro que no hablaré con nadie de esto —contestó

Arthur. Pensó un momento y le preguntó si tenía el papel con la dirección de Amy. Ella se lo entregó.

Luego Arthur bajó a buscar a Jeremiah. Lo encontró en el cuarto de los documentos, separando muchos papeles en diferentes grupos, de acuerdo con las fechas... en fin, no hablaron mayor cosa y Arthur pensó que en realidad el que gobernaba el negocio era Flintwich, pero tampoco se preocupó demasiado. Con la historia del matrimonio forzado de Affery, Arthur había perdido toda confianza en la honestidad de Jeremiah. La verdad era que en ese momento ya no le importaba. Él estaba seguro de poder sostener a su madre, aunque esa oficina no produjera ni un céntimo.

Después de la comida del mediodía, Arthur agradeció a Affery y se despidió de su madre, dejándole una de las tarjetas que había preparado. Les prometió volver pronto.

La pequeña Amy

Arthur salió directamente a buscar la dirección de la joven que su madre había contratado como costurera. Cuando llegó a la pequeñísima morada del yesero Plornish y golpeó a la puerta, abrió una mujer muy pobre con un bebé en los brazos. Arthur saludó y ella lo hizo entrar inmediatamente y con ansiedad le pidió que por favor esperara a su esposo. Que él no tardaría en llegar. Arthur le dijo que él necesitaba hablar con la señorita Amy Dorrit. En cuanto se expresó así pudo ver una gran desilusión y tristeza en el rostro de la señora Plornish.

— Ah, pensé que usted venía para contratar a mi esposo para algún trabajo —explicó ella.

— No señora, es que tengo este papel que su esposo le llevó a mi madre. Yo llegué hace tres días después de mucho tiempo de ausencia y estoy interesado en conversar con la señorita Dorrit

A esta explicación de Arthur la señora le dijo que Amy no vivía con ellos sino con su padre en la Marshalsea. Que ella les había pedido el favor de permitirle anotar la dirección de su casa, para informar a posibles clientes.

—¿Es la cárcel para deudores, verdad? —preguntó Arthur y sin esperar respuesta continuó:

— Mi nombre es Arthur Clennam. Me intereso en la señorita Dorrit porque la vi un momento y me agradó mucho que una persona como ella esté ayudando a mi madre. Quiero hablarle fuera de mi casa y por eso vine. ¿Podría usted contarme cómo y por qué es que ella vive en la cárcel?

La mujer suspiró y contestó con sencillez:

— Es que ella sostiene a su padre y ayuda a sus hermanos que son mayores pero no son muy buenos para trabajar, sobre todo el muchacho. Sabe usted que Amy nació en la cárcel y allá ha vivido todos sus veintidós años?. La madre murió cuando la pequeña tenía ocho años y desde ese tiempo es ella la que ha dirigido la familia... es una persona tan buena y tan generosa como no puede usted imaginar

Arthur se sintió agobiado. En un instante vio de nuevo la cara de su padre moribundo tratando de decirle algo muy importante acerca de alguien y ahora que escuchaba este relato, unido a lo que su madre le había contado el día anterior, con o sin mucha lógica hizo para él la certeza de que era por ese lado por donde debía buscar para cumplir de alguna manera la voluntad de su

padre. Luego, mirando la pobreza extrema de la familia amiga de Amy, pensó en su casa y en la necesidad de revisar los cimientos y le dijo a la señora:

— Le agradezco mucho lo que me ha dicho —hizo una pausa y añadió:

— ahora que lo pienso creo que sí tengo un trabajo para su esposo en la casa de mi madre. Dígale que me visite esta misma tarde a eso de las seis en esta dirección... —y le entregó otra de las tarjetas. Luego se despidió y acarició al niño mayorcito que lo miraba atentamente. Arthur lamentó no llevar algún caramelo y se propuso corregir esa carencia para las siguientes visitas.

Todo el camino hasta el hotel acompañaron a Arthur las impresiones que la vista de la pobreza, de las palabras y de la mirada llena de tristeza y desamparo de la señora Plornish, añadidas a la relación casi palpable que su propia mente había hecho con las memorias de su madre y la ansiedad de su padre.

Al llegar, se sacudió y tomó la firme resolución de buscar soluciones que fueran reales y posibles, según se presentaran los momentos propicios. El primero estaba a punto de cumplirse: esa familia necesitaba urgentemente un soporte para mantenerse viva con dignidad, no una limosna.

Efectivamente a las seis en punto le avisaron que un trabajador preguntaba por él.

El jefe de la casa Plornish

Athur bajó y saludó al hombre como señor Plornish. Él le contestó en un tono sencillo y le dijo que su nombre era Jacob y que estaba a sus órdenes. Entonces Arthur le recordó la casa de su madre y le preguntó qué trabajo había hecho allá.

Jacob explicó que él había ido no como yesero sino como obrero general para cavar y mejorar los cimientos en un sector en donde habían cedido con riesgo para la casa. Arthur lo invitó a una cafetería cercana y allí escogió una mesa y se sentaron. Cuando vino el mesero le preguntó qué tenían listo para comer. La cena del día ya estaba disponible, así que Arthur pidió dos platos y dos vasos de cerveza, sin examinar el menú. Mientras llegaban los platos, animó a Jacob para que le explicara cómo había visto el estado general de la casa y si existían puntos débiles.

Jacob le dijo que el arreglo de los cimientos merecería una extensión porque la humedad seguía acumulándose a ambos lados y terminaría produciendo otro hundimiento, tal vez un poco desplazado. También le dijo que él no había podido ver el sótano de la casa porque el señor Flintwinch había sellado la entrada y no permitió que la abrieran de nuevo.

En ese momento llegó la cena y Arthur invitó a Jacob a comer antes de que se enfriara. Dejaron de hablar y comieron con apetito. Mientras comía, Arthur pensaba en que nunca había sabido que la casa tuviera un sótano: —esos secretos de Flintwich, ahí deben originarse los ruidos que asustan a Affery—, se dijo.

Al terminar, se levantaron y llevando sus cervezas, subieron a la habitación.

Entonces Arthur dijo que por el momento, para no indisponer a Flintwinch, se abstuviera de hablar del sótano y pidió a Plornish que actuara como si él no supiera nada al respecto. Añadió que lo que sí quería pedirle de inmediato era la limpieza del canal que bordeaba la casa, para evitar que todo lo acumulado en él

continuara impidiendo la salida rápida de las aguas cuando llovía. Una vez que eso estuviera terminado, él quería mejorar el aspecto exterior de la vivienda y para eso le pediría que examinara bien las paredes y le hiciera las sugerencias de lo que creyera conveniente y de cuánto podrían costar tanto los materiales como el trabajo. En cuanto a lo urgente del canal le preguntó ¿cuándo podía empezar?

Jacob dijo que al día siguiente podía empezar. Arthur se mostró complacido y quedaron de encontrarse a las siete de la mañana en la casa. De momento le dio tres coronas: una parte para que consiguiera la herramienta y el resto como pago anticipado, a fin de que pudiera dejar un mercado para su esposa e hijos.

Se despidieron a las siete. Arthur esperó a que Jacob avanzara un par de calles y luego él se dirigió a la Marshalsea.

La casa de Amy Dorrit

Arthur no tuvo ninguna dificultad para encontrar el edificio pero no sabía ni veía a quién preguntar sobre las normas de entrada y salida. Al fin reparó en un anciano que con dificultad se dirigía a la puerta abierta y antes de que entrara se acercó para preguntarle:

— Dígame, por favor. ¿Quiénes pueden entrar a la cárcel?, a lo cual el viejo contestó:

—Cualquiera puede entrar, pero no cualquiera puede salir

Arthur se acercó más y entró con él. Luego le preguntó:

—¿Cómo puedo encontrar aquí a alguien de apellido Dorrit?

— Yo soy Dorrit, me llamo Frederick Dorrit —contestó el viejo y enseguida añadió:

— pero seguro que usted busca a mi hermano William. Él es residente

— Realmente quiero ver a la señorita Amy Dorrit —aclaró Arthur.

— Ah. Ella es la hija menor de mi hermano. Venga, que yo también los busco a ellos —y el anciano se apoyó en el brazo de Arthur y antes de continuar le dijo en tono confidencial:

—Por favor no hable nada de que mi sobrina trabaja. Mi hermano se sentiría muy humillado si lo supiera

Entraron juntos. Caminaron por el patio hasta llegar a la escalera que correspondía. Subieron dos tramos. La puerta estaba entreabierta y por ella Arthur pudo observar a Amy calentando algo en una cacerola sobre un pequeño hornillo mientras un hombre esperaba sentado frente a una mesa chica vestida con un mantel, sobre la cual se había preparado un cubierto. Todo escaso, viejo y pobre pero muy limpio y arreglado.

Cuando entró el tío, Amy levantó la vista e iba a saludarlo cuando vio que no había llegado solo. Entonces hizo con la mano una pequeña seña de que esperaran mientras servía y llevaba la comida a su padre.

En cuanto sirvió a su padre, ella se acercó a saludar:

— Buenas tardes, Señor Clennam —dijo mirando a Arthur, y a su tío:

—Buenas tardes tío

William Dorrit desde su puesto vio a su hermano y lo saludó. Solamente cuando Arthur estuvo completamente adentro,

podieron verse el interno y el visitante. El padre de Amy se levantó cortésmente para saludar y presentarse. Arthur lo animó a que terminara su cena tranquilamente, cosa que él hizo sin ninguna objeción.

Cuando la cena del 'interno' terminó, Arthur explicó a Amy y a los hermanos Dorrit que el señor Plornish había hecho un trabajo en su casa y él supo por su madre que el señor Casby, amigo de la familia lo había recomendado. Así que había ido a buscar al señor Plornish para otro asunto similar y que mientras lo esperaba, la esposa le había comentado, entre otros, el caso de la familia Dorrit. Él quiso pasar a saludarlo y a ofrecerle su ayuda en lo que fuera posible y por eso estaba ahí. Luego habló de los veinte años que estuvo ausente, de la vida en China, de las costumbres tan diferentes y del idioma que no era algo fácil de aprender...

Los motivos del padre de Amy

William Dorrit por su parte, terminada su comida se expresó muy pausadamente acerca de la vida en la prisión, de la imposibilidad de ser escuchado por las autoridades, de su esposa que vivió ahí mismo con él y sus tres hijos, que fue atendida por el médico de la prisión por el nacimiento de Amy, y que murió ocho años después...

Luego pasó a hablar de sí mismo, del respeto que se había ganado, del título de 'Padre de la Marshalsea', que le había sido otorgado hacía veintitrés años y del tipo de colaboraciones que recibía de los internos y de los visitantes...

Cuando iba en ese punto, Arthur observó que Amy se sonrojaba y se agachaba avergonzada mientras el padre seguía hablando

con pelos y señales de las donaciones recibidas y de sus montos y de lo mucho que él agradecía porque, debido a las circunstancias legales no podía trabajar ni iba a permitir que sus hijas trabajaran para sostenerse, etc., etc.

Al terminar Arthur lo felicitó por el gran esfuerzo que venía realizando. En ese momento sonó la campana y el padre de la Marshalsea le dijo que era para avisar que se cerraría la puerta. Comprendida la advertencia, Arthur se despidió y con la menor exteriorización que pudo, sacó tres coronas y al darle la mano, le deslizó las monedas, a lo cual el así honrado se inclinó profundamente en señal de agradecimiento y solo dijo:

— Muchas gracias señor Clennam! —lo que fue suficiente para que Amy saliera de la habitación profundamente trastornada.

Arthur asume su posición de mando

A las siete de la mañana del día siguiente, Arthur llegó a la casa de su madre al tiempo con Plornish. Amy ya había entrado. Arthur entró y pidió a Affery que llamara a Flintwinch al cuarto de su madre porque quería hablar con ellos y también con ella.

Cuando estuvieron todos, Amy en su rincón, y los otros cerca de la silla de la madre, Arthur les dijo que la tarde que él llegó había visto que el agua de la lluvia se acumulaba en el canal de desagüe y que por eso había contratado al señor Plornish para limpiarlo antes de nuevas lluvias. El señor Plornish trabajaría solamente por el contorno exterior de la casa. Affery debería llamarlo a las horas de comer y si el caso era de mucho barro, tal vez podrían acordar que comiera en la cocina entrando por la puerta del carbón que daba directamente al exterior, para no aumentar el trabajo de ella en el pasillo y en el comedor.

Eso fue todo y como Arthur habló con la autoridad de quien es el dueño, nadie se opuso.

Entonces Arthur salió con Plornish para mirar con buena luz el nivel de dificultad del trabajo. Affery de una vez, abrió la puerta por la cual entraban con el carbón y llamó al señor Plornish a desayunar.

En cuanto dieron la vuelta completa y señalaron los puntos más urgentes y difíciles por donde debía comenzar el trabajo, Arthur se retiró satisfecho y Jacob fue por su desayuno.

Un viejo amor

Arthur se encaminó hacia la casa del señor Casby. Tenía curiosidad por saber cómo seguía la vida por esos lados, sobre todo le interesaba, a medias, ver a Flora convertida en viuda, según le había contado Affery.

En menos de una hora estaba golpeando en la puerta. Arthur preguntó por el señor Casby y entregó su tarjeta. Enseguida lo hicieron pasar al despacho del dueño. El hombre con su muy estudiado y aprendido aspecto patriarcal y bonachón, que era su disfraz diario desde los viejos tiempos y que no significaba nada para Arthur, saludó amablemente al amigo que no había vuelto a dar señales de vida en veinte años. Conversaron brevemente de las cuestiones generales del negocio, del cierre de la sede de Pekín y su retiro de la empresa, de la salud de la madre de Arthur y de su sociedad con Flintwich para continuar con la sede de Londres.

El señor Casby lo invitó a pasar a la sala para llamar a Flora quien sin ninguna duda se alegraría mucho de verlo.

Al ver a Flora, cualquier sentimiento que se pareciera a una alusión o remembranza de bellos días juveniles, murió antes de llegar a nacer en el corazón o en la memoria de Arthur. Flora, con aspecto de una mujer cuarentona y tonta, comenzó a hablar sin parar, mezclando risas con quejas por el alejamiento, como alusiones al excelente marido que había tenido y que la dejó viuda antes de un año del feliz enlace, palabras unidas a gestos de adolescente inmadura y a sonrisas maliciosas... el señor Casby buscó la salida pues era evidente que no intervendría en la conversación de esos dos. Flora le pidió a Arthur, en frases largas y desconectadas que se sentara y le contara de la vida en China, sobre todo de las mujeres chinas, de si sus ojos eran realmente como las pintaban...

Cuando llevaban más o menos media hora de semejante charla, hizo su aparición en la sala una figura salida de un cuento macabro: una vieja re-vieja, arrugada y desagradable, con unos pocos pelos entre grises y rojizos y unos ojos oscuros de mirada despectiva. En voz alta dijo mientras señalaba a Arthur con su dedo de bruja:

— Y, ése ¿qué quiere?

Flora se levantó y le dijo mientras la conducía a un sillón especial:

— Señora tía, tranquila, es un amigo —y luego le explicó a Arthur que esa dama era parte de la herencia que le dejó su difunto esposo, tía del finado, a quien ella recibió con la recomendación de ayudarla y cuidarla hasta el fin de sus días. En ese momento Arthur sintió compasión por quien fue el amor de su juventud y achacó al matrimonio, a la herencia y a su mala memoria todo lo negativo que ahora tenía delante de sí,

empacado con el nombre de alguien a quien él creyó amar profundamente veinte años antes. Esperó otros cinco minutos y se levantó con la disculpa de que tenía un obrero en la casa de su madre, quien también había contratado una costurera hábil, recomendada por ese mismo obrero, un arrendatario del señor Casby.

Flora tomó nota del asunto y preguntó por el nombre de la costurera para contratarla ella también, pues necesitaba algunos arreglos de ropa y dobladillos de pañuelos.

Panks el cobrador

Al fin Arthur, después de dejar a Flora salió de la casa. Pronto lo alcanzó el empleado del señor Casby encargado de cobrar los arriendos: un tipo extraño, sucio hasta los pelos de polvo y grasa, quien resoplaba al caminar y siempre llevaba una libreta con un lápiz en el bolsillo para anotar los pagos y las deudas de los infelices arrendatarios. Panks era su nombre.

La conversación de Panks requería de los oyentes un fuerte período de aprendizaje para llegar a comprender la mezcla de gestos, sonidos extraños y palabras inventadas a través de todo lo cual él se expresaba. A primera vista parecía que iba a masacrar a los que no pagaban puntuales, pero cuando le llevaban más dinero del mínimo que tenía en su mente exigirles, les preguntaba en voz baja si de veras les sobraban esos peniques, porque podía esperarlos para el otro mes... Con el tiempo Arthur llegó a ser un gran amigo y aliado de Panks, sin necesidad de cruzar más de dos o tres frases por semana entre ellos.

Ese primer día, Panks preguntó a Arthur si él era pariente de los Clennam de Cornwallles. Cuando le respondió que no, que nunca nadie en su familia había nombrado parientes por esos lados, Panks le dijo que lástima, porque si fuera de ellos y lo pudiera probar, podría reclamar una hacienda muy grande que le pertenecía. Luego explicó que su 'trabajo añadido' al de cobrador de arriendos y mecánico de Casby y Co., era hacer seguimiento de los apellidos raros de los cuales conocía muy pocos en Londres y anotar lo que iba encontrando para trazar el posible origen y crecimiento de esas familias. Arthur se admiró del hobby y lo felicitó.

Esa misma tarde el señor Casby y su hija fueron a visitar a la señora Clennam. Flora quería la opinión de la madre de Arthur respecto del trabajo que hacía la joven que le ayudaba en las costuras. Josephine la recomendó absolutamente y le dijo que ella podía darle su recado al día siguiente. Así acordaron.

Los inventores no son bienvenidos ni son prácticos

Pasados unos cuantos días, Arthur decidió visitar a sus amigos Meagle y saber cómo iba la preparación de la boda. En el centro se había encontrado dos días antes con el señor Meagle y él le contó del compromiso ya realizado y que la fecha de la boda se había fijado para el primer sábado de septiembre.

En el camino y ya cerca de la casa, Arthur se encontró al señor Meagle hablando en tono fuerte con un hombre a quien Arthur no conocía. El señor Meagle se detuvo y dijo a su interlocutor que detuvieran la discusión un momento para presentarle un amigo.

Daniel Doyce agradó de inmediato y sin ninguna reticencia a Arthur. Le fue presentado por Meagle como un 'amigo tonto' que no sabe ser práctico y a quien se le ocurre insistir en ser 'raro', y claro que le tiene que ir mal. Pretende ser aceptado oficialmente como 'inventor' en un país de leyes y costumbres fijas e inmutables. Eso solamente trae disgustos, pérdidas de tiempo y de dinero, multas y posiblemente hasta cárcel.

Luego de que los dos presentados comenzaron a conversar entre ellos, el señor Meagle los dejó, muy contento de poder dedicarse al tremendo asunto de la preparación de la boda de la linda Tesoro con Henry Gowen, un artista desconocido de elevada clase social. Daniel tenía mucho más tiempo de conocimiento y trato amistoso con Meagle pero, a pesar de los esfuerzos de su amigo, no había cedido ni un punto en su empeño de continuar tratando de que en su patria fueran aceptados y pudieran ponerse en venta algunos aparatos inventados por él para mejorar el rendimiento de diferentes tareas y rutinas que por siglos se venían practicando con pérdida de tiempo y de recursos, inventos que ya estaban sirviendo en otros países en donde él los había presentado y la industria los estaba reproduciendo y poniendo al alcance de los ciudadanos.

Doyce le contó a Arthur que estaba buscando un socio para su empresa porque el anterior, un italiano, no se sintió con ánimos de entrar en los tejemanejes de la política británica del momento. Que por eso le había pedido a su amigo Meagle que le ayudara a conseguir ese socio. Luego le comentó que consideraba mejor esperar a que pasara la fiesta, añadiendo que para su concepto esa boda no tenía nada de bueno, aparte de la belleza de la novia y sí que tenía aturridos a los pobres padres.

Arthur le pidió explicaciones sobre lo que esperaba del socio, qué habilidades y conocimientos debía tener, ... etc. Finalmente Arthur Clennam se sintió muy capaz de hacer un buen papel como socio de Daniel Doyce, dado que las funciones principales a desempeñar por tal socio se referían a las cuestiones contables y comerciales de la empresa y en eso él tenía una experiencia grande y fuerte conseguida a lo largo de los veinte años de trabajo en la empresa de su padre que comerciaba desde Pekín con los países de Asia y de Europa Oriental. No lo dijo directamente a Daniel sino que lo dejó para una conversación con Meagle, pues era él quien tenía el encargo y debía presentar los candidatos a Doyce.

Luego hablaron de la boda que a Arthur no le parecía tan mal. Daniel le dijo que desde hacía cinco años los Meagle habían tratado de disuadir a su niña, que habían hecho tres largos viajes al extranjero con el mismo objeto y que no habían logrado debilitar ni un punto la romántica decisión de Tesoro y, por supuesto, mucho menos podrían haber logrado hacer mella en el interés del novio, bastante motivado por el buen estado financiero del suegro.

Arthur pensó que Doyce exageraba e incluso llegó a sospechar que tal vez estaría un poco enamorado de Minnie. Entonces pasó a contarle su intención pasajera de cortejarla, antes de saber de la existencia del compromiso con Gowen. Daniel sonrió y le dijo que si Clennam fuera el apellido del novio, los padres Meagle estarían en el colmo de la felicidad. Arthur riendo dió un puñetazo medio fuerte en el hombro de su nuevo amigo. Los dos continuaron caminando hacia la casa. Doyce quería pedir a Meagle que por favor no lo invitara a la fiesta de la boda. Él no sabía soportar a esa gran capa de grandes

políticos y tendría que negarse. Meagle le dijo que tranquilo. Que lo echaría de menos, pero que comprendía sus motivos. Así que Daniel se despidió pronto, porque ya había cumplido el objetivo que buscaba. Se despidió de Arthur quien le dio una de sus maravillosas tarjetas, por si quería conversar un rato...

'Clennam y Doyce'

Cuando Doyce se hubo ido, Arthur siguió la pista a Meagle y en un momento en que lo vio solo se acercó a él para pedirle que si podía darle unos minutos en privado, él quería pedirle un favor. Meagle le dijo que si, que en cuanto le trajeran algo que debía aprobar, subirían a su estudio para hablar.

Diez minutos después le hizo llegar una nota diciendo que lo esperaba en el estudio. Arthur subió y sin muchos preámbulos le dijo lo que había hablado con Doyce y lo que había pensado de sí mismo y de que estaba en condiciones de postularse como socio de la empresa. Meagle se sintió muy agradado y le preguntó por qué no lo había dicho antes. Entonces quedaron en que él hablaría con Doyce y le enviaría un recado sobre el momento de encontrarse y analizar el asunto de cuyo éxito no tenía ninguna duda.

Así fue como diez días después celebraron la constitución de la empresa por los dos socios, cada uno con el cincuenta por ciento de los derechos y ratificada legalmente bajo el nombre de "CLENNAM Y DOYCE". El orden de las palabras fue impuesto por Daniel, casi como un amuleto en contra de las desconfianzas que él se había ganado cuando quiso registrarla con su nombre solamente. Arthur había invertido casi la

totalidad de su dinero en la compra de esa mitad de la sociedad y tenía la certeza de haber hecho algo realmente bueno.

Encuentro importante

La boda de Minnie fue un acontecimiento brillante por la cantidad de joyas y sedas de las damas y por la recepción que los padres de la novia ofrecieron a lo más distinguido de la sociedad londinense. Arthur estuvo conversando con algunos cuidando mucho de evitar temas de política o de los innumerables oficios y formas que exigía cualquier trámite ante cualquier oficina del gobierno. La mala experiencia de su socio había sido muy educativa y suficiente para su empresa.

Aprovechó un movimiento de los invitados hacia el jardín, para acercarse a la señora Meagle, felicitarla por la fiesta y despedirse, disculpándose con la preocupación real respecto de la salud de su madre. Dejó la casa por el lado opuesto a la puerta del jardín y rápidamente se alejó con un poco de tristeza. Llevaba la imagen de sus amigos que se quedaban solos y preocupados. Lo consolaba el recuerdo de la cara feliz de la novia. Resolvió ser práctico y no sufrir por adelantado ni pensar de momento en el futuro que él no podía cambiar.

Tomó un coche para llegar pronto al hotel. Cuando salió de nuevo con su traje ordinario, caminó pensando en cómo podría encontrar a esa hora a la pequeña Dorrit. En esas un gran ruido de gritos y tumulto de gente en una esquina lo movieron hacia el lugar. Un coche de correo acababa de atropellar a un hombre que estaba tendido en el piso. Se veía que el golpe había lastimado fuertemente una pierna, el herido se quejaba mientras la gente hablaba de esos coches que hacían tanto mal y que el

gobierno debía prohibirlos y ese tipo de solidaridades populares absolutamente ineficientes.

Arthur se acercó y cuando logró llegar al sitio se inclinó sobre el herido. Al verlo, se enderezó para decir al conductor del coche que se necesitaba ayuda médica. El hombre subió a su carro y arrancó rápidamente hacia el hospital. El herido era un joven que decía palabras en italiano... 'altro', 'altro', 'mala pata', y otra vez 'altro'. Arthur se acercó cuanto pudo para decirle en italiano: "Debes quedarte quieto mientras llega un doctor y traen una camilla" El chico sonrió mostrando una dentadura perfecta y se esforzó para no quejarse, pero era evidente que tenía mucho dolor. Arthur vio que por lo menos un hueso de su pierna estaba roto. En el propio coche del correo llegaron un doctor y dos hombres con una camilla.

El médico le dijo a Arthur que sería bueno un trago para que el joven no se desmayara al moverlo. Alguien que escuchó fue rápidamente a una taberna cercana y llegó con un vaso de whisky, del cual el joven tomó unos tres sorbos antes de dar un grito cuando lo movieron para ponerlo en la camilla. Arthur lo acompañó al hospital y dejó su nombre y dirección como responsable, porque el herido, apellidado Cavaletto, había contestado que no tenía familia en Inglaterra.

Las preocupaciones de la pequeña Dorrit

Al regresar al entorno de la Marshalsea. Arthur vio la figura de Amy que llegaba por el puente. Se acercó a ella y la saludó con afecto. Ella le sonrió suavemente y con la cara inclinada le dijo que le quería pedir un favor.

—¿Qué puedo hacer por tí —preguntó Arthur con gran interés.

Amy quería agradecerle por su bondad y pedirle que disculpara a su padre pero que, por favor, no le diera dinero. Él mismo les había enseñado que eso no se debía hacer, que era falta de dignidad y de respeto por ellos mismos. Que en los años anteriores él no tenía esa costumbre, pero que el tiempo de encierro y las presiones de sus hijos lo iban cambiando. Ella se sentía muy triste cuando veía a su padre actuar así. Que no era necesario porque ella iba pudiendo conseguir lo que faltaba con su trabajo.

Arthur quiso tranquilizarla y convencerla de que para él sería siempre un gusto tener la oportunidad de ayudar un poco. Que con seguridad eso no disminuía el respeto que sentía por su padre. Luego aceptó evitar lo de hacerle ningún 'préstamo' al padre pero a condición de que ella le tuviera la confianza necesaria para contarle cada vez que un apuro económico la presionara y que le permitiera ayudarle.

Amy repitió que él, el señor Clennam, era una persona muy buena. Y que sí, que cuando la necesidad fuera imposible de solucionar, ella le diría...

Entonces él la acompañó hasta cerca de la entrada y se despidieron. Amy se apresuró para atender la comida de su padre.

Cuando volvió a su hotel, Arthur pensaba en la carga que esa criatura llevaba sobre sus hombros. Recordó su figura débil, su vestido tan pobre, su sonrisa dulce y esa seguridad de que ganaba lo suficiente para sostener a su familia. Deseó mucho poder ayudarla.

Más que un simple pillo

Volvamos a Rigaud, el preso francés de Marsella de quien Arthur había escuchado en la posada del día de su llegada. Ese señor se encontraba en Londres en el plan de descubrir una viuda gentil y que disfrutara de una buena herencia para intentar conquistarla. Con la anterior le había ido bien, salvo el incidente de la caída que lo dejó viudo hacía ya cinco meses. Lo malo es que el dinero que le quedó disponible comenzaba a escasear y no podía regresar a Francia para exigir todo lo que le correspondía, por causa de esos cuñados que lo culpaban del accidente y buscaban su muerte. Le urgía mirar por su futuro.

El primer paso era saber sobre viudas londinenses. Los lugares más apropiados para conseguir esa información eran, sin ninguna duda, las tabernas. Allí los hombres comentaban todos los hechos del tema... Así que comenzó con cierto orden a frecuentar tabernas y a buscar amigos de tragos que pudieran ayudarle.

Después de la taberna-posada en donde se encontró casualmente con el contrabandista que fue su esclavo en la cárcel de Marsella, Cavaletto, quien dormía a pierna suelta cuando Rigaud llegaba al mismo cuarto en donde le asignaron una cama. Él lo había despertado y comprometido para continuar su relación como socios en Inglaterra. El joven contestó que sí, que claro, pero se escapó antes de que amaneciera, de modo que él, Rigaud, decidió que en adelante no mezclaría en campañas de conquista a socios de tan baja calaña de quienes no se podría fiar. Mucho más confiables son los amigos del alcohol. Esos sí saben ser fieles, reflexionó y, puso manos a la obra. Comenzó por cambiarse el nombre. No sería más Rigaud: Su nombre en Inglaterra sería Blandois y su

nacionalidad belga. Así se perderían sus rastros para los vengativos ex-cuñados franceses.

Para comenzar eligió tres tabernas de una misma zona. Las dos primeras no produjeron nada que valiera la pena. En la tercera descubrió algo más interesante. Un hombrecillo como de sesenta años sabía de una señora que había enviudado un año antes y que tenía casa y empresa cerca. Su hijo acababa de llegar de China, en donde el padre había muerto. En esa casa trabajaba un hermano gemelo del informante con quien él tenía relaciones un poco tensas porque el otro siempre tenía miedo de que él lo fuera a traicionar porque un día, borracho, le había contado un secreto de la familia en donde trabajaba.

Esa podría ser la gran oportunidad para Blandois: Visitaría a la dama y trataría de conquistarla para casarse con ella. En caso de que la viuda se resistiera a sus atractivos, él le hablaría de su hijo y del secreto que le sería descubierto si ella se negaba a pagarle una cierta suma, suma que él fijaría en cuanto se acercara a la contabilidad de la empresa.... Era un plan que no tenía pierda. El primer paso sería conocer a la viuda y conocer al hijo. Lo demás, bien sabría él, con su sagacidad y sus encantos caballerescos, llevarlo al fin esperado.

Comenzó por aparecer una tarde y conseguir que Jeremiah Flintwich, el hermano gemelo de Gilbert su amigo de tragos, le presentara a la señora Josephine Clennam. Él disponía de toda la información que sería necesario presentar para ser acogido con confianza como enviado de una empresa comercial francesa, para lo cual desechó el propósito de presentarse como belga. Logró lo que de momento deseaba: la señora lo atendió con amabilidad y dio órdenes a Flintwich para que firmara en el hotel respaldando los gastos del huésped que había llegado

después del cierre de los bancos y se hallaba sin dinero en efectivo para pagar. Pasada una media hora de charla, el señor Blandois se despidió muy amablemente, prometiendo regresar en cuanto le fuera posible.

Para la buena suerte de Blandois, Arthur no había ido ese día a ver a su madre y en los días siguientes no supo nada de la visita, salvo una que otra incoherencia de Affery que quería advertirle sobre los 'dos inteligentes' y un cliente extraño, de lo cual él no había sacado ninguna conclusión clara.

El huésped se retiró del hotel al día siguiente, después de haber pagado todos sus gastos y simplemente desapareció.

Las confidencias de Flora

Amy recibió de la señora Clennam la solicitud de Flora para un trabajo y de ella misma, la dirección de la casa Casby. y allá se dirigió el día jueves que había sido el acordado entre la madre de Arthur y su vieja amiga Flora Casby.

Panks salía en el momento en que Amy llegaba a la puerta. Con diligencia se devolvió para avisar a Flora e hizo pasar a Amy a la salita próxima a la habitación en donde la hija del señor Casby acababa de pararse de la cama. Flora le pidió que se sentara mientras ella se vestía. Cinco minutos después, Flora salió muy saludadora, sonrió y se sentó al frente de la pequeña costurera. Amy le dijo que podía darle el trabajo, que ella estaba lista, pero Flora no quiso saber nada antes de que comieran algún bocado. Se levantó para ir a la cocina y regresó después de encargar lo que consideró oportuno, todo de acuerdo con su glotonería y gran afecto por las comidas delicadas. Tras sentarse de nuevo, llegó la persona del servicio con el desayuno, y Flora

hábilmente sirvió el té y los acompañamientos y comenzó a comer después de invitar a Amy a que hiciera como ella, alimentándose bien antes de emprender el trabajo. En cuanto terminó, Flora comenzó por preguntar a Amy si Arthur le había hablado de ella. Amy le dijo que no había tenido ninguna oportunidad de hablar con él, que solamente lo había visto una noche que el señor Clennam había ido a la Marshalsea para visitar a su padre. Entonces Flora, sin siquiera escuchar a la pequeña comenzó a hablar de la maravilla que había sido su amor juvenil con Arthur, del romance y las promesas de matrimonio y vida inseparable y del golpe que les llegó proveniente del padre de Arthur quien obligó a su hijo a viajar inmediatamente a China para trabajar con él. Ella había quedado anonadada por la tristeza y resolvió encerrarse en su casa y no volver a salir nunca más ni frecuentar ningún otro amigo. Pero al fin un pretendiente que la quiso muchísimo y que convenció a su padre, terminó llevándola al matrimonio. Desafortunadamente solo le duró seis meses, porque el amante esposo murió del corazón. Después de llorarlo mucho, ella volvió a casa de su padre, sin asomar la cara a reuniones sociales de ninguna clase. Y así pasaron más de quince años hasta dos semanas antes de esa fecha, cuando ella supo que Arthur había regresado. Al día siguiente él estuvo ahí mismo, en su casa, y volvieron a recordar los tiempos primaverales de su vida y volvieron a darse cuenta de que el viejo amor no había muerto y se prometieron continuarlo sin dar ninguna señal a los padres, más bien mostrando gran frialdad frente a cualquiera con quien pudieran encontrarse estando juntos. ..

Un dolor extraño y hondo

Amy se iba poniendo incómoda y nerviosa con la charla incesante de Flora y sus descripciones del amor de su vida y del paréntesis que fue su vida de casada.

Como una forma de mantenerse calmada y de empezar el trabajo, Amy volvió a pedir a Flora las costuras que quería que ella realizara, aclarándole que podía seguir escuchando mientras cosía. Flora buscó los pañuelos que tenía preparados y Amy, aliviada sacó su cajita con los elementos de su oficio y comenzó de inmediato a trabajar. Flora le hubiera seguido hablando todo el día del futuro que soñaban ella y Arthur, de no ser por la aparición de la anciana tía que pedía impacientemente sus pasteles de riñón y su té. De ahí en adelante la tía se puso necia y Flora no tuvo otro remedio que llevársela a dar su paseo por el jardín. Amy se quedó pensativa sintiendo en algún lugar de su corazón un dolor silencioso y agudo a la vez, un dolor de una clase que ella no conocía. Así estuvo todo el tiempo mientras avanzaba en el trabajo con los pañuelos. Cuando Flora llegó para decirle que fuera a almorzar, Amy se disculpó diciendo que como ella había comido antes de salir de su casa y después ahí con ella, no tenía hambre. Flora viendo la delgadez de la pequeña comprendió la causa de la misma. En lugar de insistir en que comiera, le ofreció hacer que le empacaran su almuerzo para que lo llevara para más tarde. La sonrisa de agradecimiento de Amy fue la más clara respuesta y la pobre Flora quien, aunque impertinente, autoengañada y locuaz, era buena persona, ella misma preparó un buen paquete de alimentos que entregó a Amy junto con el pago igual al que hacía la madre de Arthur.

Así Flora se despidió de Amy, sintiendo que el hecho de que esa pequeña amiga, quien sin duda llegaría a ser amiga de Arthur, supiera de su amor y de sus sueños y creyera en ellos, haría que esos mismos sueños se tornaran más reales y posibles...

En el camino hacia la Marshalsea Amy paró a saludar a los Plornish. Se sorprendió al verlos muy contentos. Cuando le dijeron del trabajo de Jacob con el señor Clennam y sobre todo del adelanto del pago, Amy se sintió feliz por ellos, y repitió su pensamiento sobre la bondad de ese señor. Luego pensó en Flora y en sus palabras y volvió a sentir esa punzante herida en su corazón..., de todos modos tenía que alegrarse por esos dos, pues ambos eran buenos y ella..., sí, ella deseaba que fueran felices.

Panks, el adivino

Apenas Amy salió, como si la esperara en la puerta, apareció Panks el empleado del señor Casby. Se le acercó para decirle algo un poco raro:

— Míreme bien señorita Dorrit. Fíjese bien porque usted está viendo a un adivino. Muéstreme su mano —Ella se la mostró y él mirando la mano, sin tocarla dijo:

— Mmm... lo que yo veo es que usted tiene mucha suerte, sí, mucha suerte. No le cuente a nadie, pero yo soy el adivino y se lo digo —y rápidamente se alejó de ella diciendo:

— Sí, sí, mucha suerte —Amy, sorprendida se quedó mirando correr a ese hombre tan loco.

Cuando iba llegando a la Marshalsea se encontró con Arthur. Ella lo saludó con timidez y él, con el mismo gesto de afecto de siempre quiso acompañarla. Iba a decirle que mejor ese día no

lo hiciera cuando alguien que venía corriendo detrás de ellos llamó varias veces: ¡madrecita!, ¡madrecita!

La madrecita

— Es Maggi, ya se la presentaré —le dijo Amy.

La mujer que llamaba 'madrecita' a Amy no era una niña. Tendría veinticinco a veintiocho años según calculó Arthur y era obvio que se trataba de una persona con un gran retraso mental, sin ser idiota. Amy le dijo:

—Mire Maggi, este es un amigo. Es el señor Clennam —Ah bueno, contestó Maggi. Amy le pidió:

— Maggi, cuéntale al señor Clennam cuántos años tienes. Maggi contestó inmediatamente:

—Diez. Yo soy una niña de diez años —Arthur entonces le preguntó muy gentilmente:

— Y ¿qué haces tú sola por la calle, Maggi?

— Es que tengo que llevar estas papas a la señora. Ya me voy porque ella espera las papas —y sin más siguió su camino.

Amy contó a Arthur que Maggi había quedado absolutamente sola a los diez años cuando tuvo fiebres muy altas. El abuelo que la cuidaba llamó a un policía para decirle que esa niña se iba a morir y que él no tenía cómo enterrarla. Que pasara al otro día a recoger el cuerpo. El policía hizo llevar la niña al hospital. Allí le bajaron la fiebre pero el mal ya estaba hecho y su mente se quedó en ese punto. Ella solamente recuerda el hospital como el lugar más maravilloso del mundo, en donde las camas son muy buenas y donde 'a uno' le dan muy rica comida.

Para Maggi el cielo es un hospital. No puede haber nada mejor. Lo cierto es que la tuvieron en el hospital todo el tiempo que las enfermeras lograron que algún médico la mirara y diera la orden. Pero al fin tuvieron que entregarla al hospicio que fue señalado. Cuando cumplió dieciocho años la ofrecieron, a quien quisiera y pudiera sostenerla dentro de los cánones de moralidad y honradez establecidos, como 'mujer tonta que puede ser útil para oficios simples'. Una señora vieja la aceptó porque necesitaba ayuda para caminar.

Maggi solo recuerda el hospital. Ahora vive con una gente muy pobre que le permite compartir su pequeño cuarto, solo por la noche. De día hace mandados y así se gana unos centavos. Eso sí nadie la engaña porque ella sabe contar bien y conoce el dinero. Eso le alcanzó a enseñar el abuelo quien tal vez murió mientras Maggi estuvo en el hospital.

— ¿Y qué más sabe hacer Maggi?, preguntó Arthur.

— Sabe todo lo que aprendió antes de los diez años como encender el fuego, pero no cocinar nada, sabe barrer, medio lavar algo, sabe llevar perfectamente la idea de por dónde anda y puede devolverse sin equivocarse aunque sea la primera vez que va a algún lado, a pie, por supuesto... Ya sabe leer algunas palabras..., esto es lo que yo he podido enseñarle,... contestó Amy. Por eso ella me llama "madrecita", porque alguien le dijo que a él su madrecita le había enseñado a leer, luego para ella yo soy su madrecita

Así llegaron a la puerta; Amy le pidió que por esa tarde no entrara porque ella iba con retraso y no podía... Arthur no la dejó terminar; le dio a entender que comprendía y la dejó, enviando con ella su deseo de buena noche para todos.

En su hotel reflexionó sobre las diversas situaciones del día. Se acordó del joven herido. Eso había sucedido el día de la boda de Minnie. Casi una semana antes. Tenía que ir para saber cómo andaban las cosas en el hospital. Buscaría algo para cenar y tomaría un coche para ir a visitarlo. Un joven le entregó un mensaje de la portería: 'el señor Panks desea verlo'. Arthur le mandó decir que enseguida bajaría. Que por favor lo esperara.

El informe de Panks

— Hola, Panks, ¿qué tal si lo invito a comer? tengo hambre y también tengo muchas cosas para hablar con usted —dijo Arthur y tomó el codo de Panks para que salieran.

— Antes de nada, ¿para qué me buscaba? —preguntó Arthur.

— Pues para algo importantísimo. En mi hobby decidí estudiar lo relativo a familias Dorrit, y no se imagina lo que va saliendo, o mejor lo que saldrá de ahí, y saldrá muy pronto. Ya está casi todo a punto

Arthur dejó pendientes sus asuntos y escuchó a Panks mientras les servían.

— La cosa es que existe una propiedad cuyos herederos por la línea de la madre de ellos, son los señores Frederick y William Dorrit, en la provincia en donde apareció por primera vez ese apellido. Esa propiedad ha ganado precio en los años que van, desde la muerte y apertura del testamento del último dueño y eso hace que la fortuna sea de verdad grande. En cuanto nos salga el último préstamo que solicitamos, en una semana estará todo listo para que ellos firmen y en cosa de dos días, entrarán a disfrutar de su dinero —fue el informe.

Arthur estaba verdaderamente asombrado.

— ¿Y cómo han conseguido ustedes el dinero necesario? —preguntó.

Pues nos han prestado diferentes amigos. El último y más costoso fue el que me hizo mi jefe, el señor Casby. Espero que los afortunados nos devolverán esos dineros y algo para los tres que hemos trabajado duro: mi arrendador Thomas Russ que es abogado, John Chivery que es el hijo del portero de la Marshalsea y este servidor. Los acreedores son el doctor Russ, su hija, el banco de Londres y el señor Casby. En total algo más de diez mil libras. Nuestro trabajo lo cotizamos en tres mil. De modo que el dinero que pedimos son quince mil, porque siempre pueden aparecer cuestiones nuevas que atender. Imagínese que con las informaciones iniciales calculamos que cinco mil libras era suficiente. ¿Qué tal si hubiéramos comenzado por comprometernos por esa suma? Pues la habríamos perdido sin duda y estaríamos endeudados hasta el cuello.

— Sí lo entiendo. Pero ¿quiere usted que yo le adelante algo de información a los hermanos Dorrit? —preguntó Arthur.

— No todavía. Yo quería que usted supiera que es cosa de días. Pero yo le avisaré cuando todo esté listo para que usted nos haga de puente con los afortunados herederos —completó Panks.

Como habían terminado de cenar y, estando cumplido su objetivo, Panks preguntó sobre lo que Arthur quería comentarle. Entonces vino hablar del accidente del coche del correo días antes y del pobre italiano herido y Arthur le dijo a Panks que ese chico no tenía a nadie en Inglaterra y también

que podría ser un gran colaborador en situaciones futuras que sin duda se presentarían.

Al final le recomendó que si él tenía un rato libre se pasara por el hospital, porque esa noche ya estaba tarde para ir él. También le dijo que el herido se apellidaba Cavaletto y que Clennam aparecía como responsable. Pensaba que todo debía ir aceptablemente bien porque nadie había ido a buscarlo como responsable del chico, pero el pobre muchacho sí que debería sentirse abandonado. Panks se comprometió para la primera hora del día siguiente, antes de meterse en la cuestión Dorrit-Marshalsea

Recuperación de Cavaletto

Antes de la siete de la mañana del día siguiente, Panks llegó al hospital. Pronto estuvo al lado de Cavaletto que para ese día ya era capaz de dar algunos pasos con ayuda de una muleta y de un enfermero que lo sostenía al comienzo. La pierna había sufrido una doble fractura. Se recuperaba bien. En uno o dos días podría salir del hospital, pero, dijo el doctor, si hubiera alguna persona cerca para ayudarlo, podría irse de una vez. Panks decidió llevárselo y acomodarlo en un cuarto que estaba disponible en casa de los Plornish.

Así Cavaletto entró a formar parte de los muy numerosos arrendatarios del señor Casby. La señora Plornish tuvo mucho gusto de cuidar a un protegido del señor Clennam. Por su parte Cavaletto, después de largo tiempo de andar sin ningún vínculo familiar o amistoso, se sentía como en un país de cuentos y resultó ser un amigo simpático que jugaba con los niños y les enseñaba palabras en italiano, aprendizajes que para la señora Plornish se convirtieron en verdaderas clases que ella escuchaba

atentamente, repetía y después practicaba con su hijito mayor y con el mismo Cavaletto. Él enseñó a los niños a llamarlo 'Giovanni', y les explicó con gestos muy cómicos, que tal era el nombre que el sacerdote le había puesto cuando lo bautizó. La señora se encargó de presentarlo con ese nombre a todos los que pasaban por su casa y así fue llamado en adelante por todo el círculo social de los pobres de la Plaza del Corazón Sangrante, que era el nombre que tenía el lote en donde el señor Casby construyó el barrio.

Arthur se apresuró a llegar a su oficina en 'Clennam y Doyce', porque ese día su socio saldría en viaje de trabajo de largo plazo hacia dos o tres países de Europa Oriental, en donde apreciaban sus inventos y querían implementarlos junto con otros nuevos que habían aparecido en otras latitudes, y esos gobiernos estaban interesados en establecer los cambios para bien de sus pueblos.

Infortunadamente, Inglaterra no quería ningún cambio y para muchos funcionarios, alguien que se dijera 'inventor' era alguien sospechoso porque sin duda traía semillas de inquietud a la bien establecida tranquilidad e inoperancia de sus instituciones.

Después de una mañana ocupada en revisar documentos y establecer las líneas de acción, los socios fueron a casa de los Meagle para comer. Ellos querían despedir a Daniel y expresar su amistad incondicional a los dos. El señor Meagle era demasiado inglés como para animarlos a luchar contra la inercia del gobierno del cual él mismo formaba parte, aunque en un nivel inferior en donde no se tomaban decisiones ni se filosofaba sobre la inutilidad de la Ciencia.

Finalmente los tres hombres fueron hasta Calais donde dos representantes de la firma que lo contrataba, esperaban a Doyce.

Aviso en Calais

Cuando regresaba con Meagle al paquebote, antes de llegar al embarcadero, Clennam se acercó a mirar unos avisos de personas y animales perdidos y le interesó uno en particular en el cual se buscaba urgentemente a un ciudadano francés de apellido Rigaud, y se dejaba una dirección en Francia a donde se pedía enviar cualquier informe que se relacionara con su paradero:

— Rigaud..., ¿En dónde he oído ese nombre? —pensó Clennam, mientras anotaba la dirección. Con esa idea borrosa alcanzó a Meagle y subió a bordo.

Después de despedirse de su amigo, Arthur se dirigió a la Marshalsea. Entró y caminó directamente hasta la habitación del señor Dorrit. No tenía mucha esperanza de encontrar a Amy pero quería conocer mejor a la familia para tenerlo presente en los próximos días cuando Panks tuviera la definitiva del caso.

El Padre de la Marshalsea lo recibió amablemente. Clennam le preguntó por su salud y la de su hermano y por sus hijos. No fue nada difícil que el personaje le hablara de su familia, en un estilo un tanto ostentoso: de sus hijos mayores Fanny y Edward quienes estudiaban: artes ella y leyes él. La hija vivía en casa de su hermano Frederick, el anciano que ya Arthur conocía y Edward vivía en casa de un abogado a quien prestaba servicios de manejo del correo y otros, en sus tiempos libres de estudio. Amy, su niña menor, lo acompañaba y vivía ahí mismo en la Marshalsea pero en un cuarto cerca del apartamento de la

Administración, por el cual él pagaba un arriendo de una corona al mes desde que ella cumplió dieciocho años. En cuanto a su hermano, él era viudo desde hacía mucho tiempo. Frederick había tocado el clarinete en un grupo musical, pero ya los años y el reumatismo le impedían ninguna labor de ese tipo. No había tenido hijos. Su esposa, quien fue una bella bailarina, de salud siempre débil, infortunadamente había muerto muy joven.

Arthur comprendió inmediatamente que esos pagos por la habitación salían de los ingresos del trabajo de Amy, quien sin duda, metía las monedas en la cartera de su padre para que él pagara, y que le daban a él una justificación más para pedir las contribuciones a los visitantes.

El padre mandó llamar a Amy con un mensajero quien le explicó que el señor Clennam quería saludarla. Ella con el mismo mensajero contestó que estaba indispuesta y que por favor la perdonara por ese día. Realmente Amy deseaba mucho ver a Arthur pero sentía que no debía hacerlo. No podía permitirse ningún acercamiento que pudiera poner en evidencia sus sentimientos hacia él. Por eso inventó lo del malestar. Después de que el visitante se hubo ido, ella bajó a atender la cena de su padre como de costumbre.

Así que Arthur se despidió. En la puerta, pensando que había pasado casi una semana sin ver a su madre, decidió ir enseguida.

Una extraña visita

Cuando iba llegando, escuchó pasos detrás de él. Un hombre lo adelantó sin mirarlo, mientras cantaba en voz baja "*Mambrú se*

fue a la guerra... no sé cuándo vendrá..." Algo en ese desconocido produjo un efecto de repulsión en Arthur. Cuando llegó a la puerta, su sorpresa fue muy grande al ver que el desconocido estaba adentro y abrazaba a Flintwich con grandes aspavientos mientras le decía, 'mi querido Flintwich', y lo repetía tirándolo del pelo.

Al ver a Arthur el desconocido le preguntó qué se le ofrecía. Flintwich, saliendo de detrás lo saludó con:

— Bueno, ¿por qué viene usted a esta hora, cuando su madre debe estar a punto de retirarse a descansar? —y dirigiéndose al desconocido le dijo:

— Es el hijo de la señora Clennam

Arthur escuchó en ese momento la voz de su madre que le decía:

— Sube, Arthur —enseguida añadió—: y también los otros.

Arthur entró el primero y le preguntó:

— Madre, ¿no es un poco tarde para que recibas visitas de personas desconocidas? —a lo que ella contestó:

—No son personas desconocidas. El señor Blandois viene por segunda vez en un asunto de negocios de parte de unos clientes de nuestra oficina en París. Así que por favor si solo querías saludarme, te lo agradezco, pero creo que lo mejor es que te devuelvas. —Flintwich le indicó que bajara mientras Affery, desde detrás de la silla de su madre le hacía gestos de que no se fuera. Entonces Blandois soltó una carcajada de lo más ordinaria y burlona. Arthur no quiso demostrar que interpretaba perfectamente el menosprecio de que era objeto y se acercó para dar las buenas noches a su madre. Luego dijo — Buenas

noches, Affery —y salió calmadamente. Ya en la calle se sintió alarmado. Ese hombre haciendo negocios de los correspondientes de París... le pareció algo en extremo dudoso. En fin, de todos modos él no podía en ese momento hacer otra cosa que alejarse, pues él mismo había abandonado su lugar en la empresa y había sido sustituido por Flintwich.

— Ese tal Blandois..., averiguaré quién es y cuál es el negocio que tiene con mi madre —se dijo y caminó hacia su hotel.

Misión para Amy

Arthur despertó el día siguiente muy temprano. Entonces decidió llegar a la cárcel antes de que abrieran, para esperar a Amy y acompañarla a casa de su madre.

Amy salió la primera en cuanto abrieron. Arthur se acercó para saludarla y ella lo miró tímidamente y bajó los ojos. Él le dijo con afecto:

— Pequeña Dorrit, escúchame. Te necesito. Estoy preocupado por mi madre y quiero hablarte de ese asunto

Ella, al escuchar esas palabras lo miró directamente y al ver su cara, se sintió también preocupada. Él le dijo que pararan un momento para conversar y acodados sobre la balastrada del puente hablaron más de un momento.

Arthur comenzó por decirle que desde hacía ocho días quería contarle de un tema que lo tenía un poco triste por una amiga a quien él quería mucho que... —en ese momento Amy lo interrumpió para decirle:

— Ah, sí, yo la conozco. Ella me habló de ustedes y de su amor.
—Arthur se sacudió y le dijo:

— ¿hablas acaso de Flora Casby?", sin esperar respuesta dijo terminantemente: "No, ¡No!, si ella te dijo algo es solo de su imaginación. ¡No!. Con ella tuvimos una relación de jóvenes, sin más fundamento que nuestra juventud, pero ninguna profundidad y eso se acabó del todo, créeme —de quien te hablo es de la hija de unos grandes amigos. Ella se casó recientemente y ellos, sus padres, y yo estamos muy preocupados porque el novio no parece ser la persona indicada. Además los recién casados se irán pronto de viaje por uno o dos años y sus padres y también yo, estamos tristes. También por mi socio que se fue ayer en viaje largo, pero largo, de negocios; por lo menos un año estaré solo.

— Pero sobre todo, es por mi madre, porque anoche fui a visitarla y me encontré con un tipo muy raro que llegó de visita y me tocó salirme sin saber qué era lo que quería porque mi madre misma me pidió que me retirara, aunque Affery me hacía caras de que yo no debía irme. De todos modos, quiero pedirte que escuches cualquier cosa que pueda indicarnos si es peligroso ese tal Blandois... —Amy pensó un poco y dijo:

— Yo recuerdo que un día hablaban de ese señor, pero hace ya unos meses, poco tiempo después de que usted volvió de China. Decían... que no había vuelto... que ni siquiera había dejado su dirección de Francia..., pero nada más. —Luego, mucho más tranquila y mirándolo siempre a los ojos le aseguró que pondría atención a cualquier cosa que se dijera al respecto y se la contaría.

Enseguida Arthur le preguntó si ella había hablado con Panks. Ella sonriendo le dijo que sí, pero que le parecía que estaba un poco loco. Y le contó lo de la adivinanza de la suerte. Arthur le

dijo que Panks era un buen amigo. Que pronto todos sabrían por qué lo de la suerte, pero que no tuviera temor de él.

Como sentía que se retrasaba un poco, Amy le dijo que mejor hablaban por la tarde, que ella lo buscaría en el hotel que él le había mostrado un día que ella iba con Maggi, si es que él todavía vivía ahí, para contarle lo que hubiera podido escuchar sobre el señor Blandois. Él le dijo que sí, que ahí seguía viviendo y que la esperaba por la tarde. Y así ella salió casi corriendo en dirección a su lugar de trabajo.

Arthur se encaminó hacia 'Clennam y Doyce', con el propósito de hacer una planeación de trabajo para los próximos seis meses. Él necesitaba tener planeado, aunque después fuera necesario hacer cambios. Siempre prefería tener un plan y enfrentar contra él las ventajas y desventajas de posibles modificaciones, a no tener plan e ir acomodando las acciones a realizar por la empresa según las situaciones variables del tiempo y de la sociedad, lo cual le parecía más riesgoso.

Sospechas a puerta cerrada

Cuando estuvo cerca de la Plaza del Corazón Sangrante se acercó a casa de Plornish para hablar del trabajo que deseaba de mejoramiento del aspecto exterior de la casa. Le abrió la señora Plornish, lo hizo seguir y le dijo que le tenía una sorpresa. Arthur no tenía en mente nada que pudiera sorprenderlo, pero sí que lo hubo. Escuchó que se abría la puerta del cuarto vacío y una voz dijo desde arriba:

— ¡Altro! Signore Arthur , ¡Buon giorno!

Arthur subió rápidamente y sonriendo saludó a su amigo, el del accidente.

— Hola, Cavaletto ¿cómo vas? —el niño mayor de los Plornish lo corrigió:

— No, señor Clennam, no es Cavaletto sino Giovanni. Él se llama Giovanni —Ante eso Arthur contestó:

— Giovanni... Me parece bien. Y esa pierna, ¿cómo está?

— Pues voy mejorando. Contestó el aludido. y siguió diciendo:

— Sobre todo por la ayuda de estas personas, del señor Panks y de usted. Muchas gracias —le mostró la muleta que había sido muy bien armada por el señor Plornish, con palos y cuerdas, para que él pudiera apoyarse en ella con confianza y ese pie no tocara el suelo por otros ocho días, según había dicho el médico.

Arthur preguntó si Panks había tenido que pagar algo. Giovanni le contestó que él solamente lo vio pagar la carrera del coche que los trajo del hospital.

Luego de eso, con el asunto de su madre, Arthur quiso conversar con Giovanni acerca de su vida, para pensar en todas las variables que podrían aparecer y en cuál campo de trabajo sería bueno conseguirle algún empleo, claro que no de inmediato, pero ir pensando era importante.

Se sentaron los dos y Cavaletto quiso contarle toda su historia completa: Desde su corta vida como contrabandista, su salida de Italia, su prisión en Marsella con un bandido mucho más bandido que él. Luego lo habían dejado salir con el compromiso de abandonar el contrabando y él había llegado a Londres. Después, por su mala suerte se encontró en la posada en donde se hospedó, con el mismo bandido de la cárcel de Marsella y le

tocó escaparse aprovechando que el otro había llegado muy cansado y se quedó profundamente dormido.

En ese momento, Arthur recordó lo que contaron en la posada en donde él había dejado su equipaje la tarde que llegó, y el apellido Rigaud que escuchó allá, y el aviso en el muelle de Calais, como por no dejar preguntó a Giovanni:

— Por casualidad el otro prisionero de Marsella ¿era un hombre que se apellidaba Rigaud?"

Los ojos desorbitados de Cavaletto confirmaron la respuesta. Entonces Arthur le contó de su paso por la misma posada y del aviso que vio en Calais. En ese preciso momento llegó Panks, muy contento haciendo un juego de palabras... algo como: "*uno menos que el día de ayer más cuatro es la salida..*". Arthur solo comprendió que todavía no era, pero sí le pareció interesante hablar de lo que acababan de descubrir con Giovanni.

Preguntaron a Giovanni sobre características de la cara o de las acciones del tal Rigaud. El les habló del bigote y del gesto que el hombre hacía de subir el bigote y bajar la nariz, de modo que se veía como una monstruosa cara de gato muy peluda... De pronto dijo: "¡Ah!, siempre cantaba "*Mambrú se fue a la guerra*"... y me obligaba a terminar el estribillo: "*Yo no sé cuándo vendrá!..*"

—¡Ah!, —exclamó Arthur. Entonces contó para los dos, porque esto pasaba en el cuarto de Cavaletto, a puerta cerrada:

—Entonces... ése es el hombre que anoche llegó a casa de mi madre y que ella atendió como a un conocido cliente de Francia y me pidió que me retirara... oí que mi madre lo llamó 'señor

Blandois', en lugar de Rigaud que es el que Giovanni conoció en la cárcel y por el que pedían información en Calais"...

— Seguro que es el mismo. En la posada cuando quiso obligarme a que siguiera con él aquí en Inglaterra, me dijo que no se llamaría más Rigaud sino ... otro nombre, no lo recuerdo, pero tampoco era Blandois... Así que este debe ser un tercer nombre. Él está escapando de los hermanos de la viuda con la que se había casado y que él empujó desde un paseo alto en algún lugar en la costa sur de Francia. Por eso en Marsella lo metieron a la cárcel, no por el crimen sino para protegerlo porque un montón de amigos de sus cuñados, quienes estaban seguros de que no había sido un accidente como él alegaba sino un asesinato, lo perseguían para matarlo. Las autoridades de Marsella, simplemente dieron orden de llevarlo a un camino alejado y allá dejarlo libre con la condición de que nunca volviera a acercarse a esa ciudad —al paso de la historia de Cavaletto, Arthur había ido traduciéndola para Panks. Cuando terminó añadió, mientras se paraba para salir:

— Y ese es el hombre que estaba anoche en casa de mi madre. Me voy ya porque la pequeña Dorrit me dijo que si hoy hablaban algo de él, ella me contaría —expresó Arthur y se levantó. Panks le dijo que le permitiera acompañarlo. Cavaletto dijo que con esa pierna así, mejor él se quedaba, porque si le tenía miedo cuando andaba y corría muy bien sobre sus dos pies, cómo sería si lo viera ahora que no podía ni pararse solo. Los tres se prometieron no comentar con nadie más, acerca de este asunto, al menos de momento.

Amy presenta su informe

Arthur y Panks pasaron por 'Clennam y Doyce', para dejar los documentos que Arthur había revisado y llevarse otros que tenía separados. También dejó un aviso en la puerta avisando que el siguiente día a partir de las diez de la mañana esa oficina estaría abierta para atender a las personas interesadas. Luego salieron.

Al llegar a su cuarto del hotel, lo primero que Arthur buscó fue la dirección que el día anterior había anotado en Calais. Se la dio a Panks para que él escribiera acerca de las sospechas de que esa persona que ellos buscaban era... y firmara con su nombre y pusiera las señas de los Plornish... o que pensara cómo sería lo mejor. Esperarían una respuesta a ver qué pasos seguirían. De momento, lo primordial era lo de los Dorrit.

Panks dijo que el siguiente viernes se daría a conocer la decisión oficial y se pedirían las firmas de los hermanos Dorrit. De modo que entre esa tarde de martes y el jueves por la tarde, escribiría la carta después de analizar lo que la pequeña Dorrit hubiera podido averiguar.

Arthur recordó que ese día, por salir apresuradamente no había desayunado, así que invitó a Panks para hacerlo en la cafetería del frente. Hablaron de planes para el futuro y de lo que harían los Dorrit con su dinero. Panks aseguró:

—Seguramente viajarán, que es lo que siempre hace la gente cuando recibe una herencia de mucho dinero. El pobre viejo se limitará a acompañarlos y quizás a tomarse unos buenos vinos, pero el más joven, con esos hijos, tendrá muchas formas de gastar su fortuna.

Arthur pensó en cómo cambiaría la pequeña Dorrit una vez que supiera que era muy rica... no pudo imaginarla diferente de como la conocía, salvo por el vestido y los zapatos y eso lo deseaba mucho... pero no podía pensar en ella como una joven presumida y gastadora en afeites y joyas. No la podía imaginar así...

Como saliendo de un sopor, Arthur se sacudió cuando Panks le dijo que veía venir a la que esperaban.

Salieron de la cafetería y caminaron para encontrarla. Ella sonriendo los saludó. Entraron al hotel. Subieron para hablar con mayor libertad en el cuarto.

— Antes que nada, pequeña Dorrit, quieres alguna cosa para comer?, me daría mucho gusto ver que comes algo que desees —le dijo Arthur. Ella le contestó que le recibiría cuando hubiera dicho lo que tenía que decirles, pues incluyó a Panks sabiendo que Arthur confiaba en él.

Ella no esperó ninguna invitación para hacerlo sino que empezó directamente a hablar:

— Cuando yo llegué esta mañana, la señora Clennam estaba un poco decaída. Me pareció entre triste y enojada. Todo lo que decía el señor Flintwich le producía cólera. Affery en un rato que estuvimos en la cocina me dijo que por la noche había llegado un hombre que tenía algún negocio con ellos y que pedía mucho dinero y que se burlaba de ellos y de usted, señor Clennam, y que les repetía que les daba hasta enero del siguiente el año para conseguir el dinero, hasta el día diez, no más —eso era todo lo que Affery había sacado de la reunión. Pero más tarde cuando yo estaba trabajando en el rincón de siempre, llegó el señor Flintwich y le dijo a la señora Clennam

que no se preocupara tanto, que si el señor Blandois se ponía muy necio se le podía decir que si les daba otro plazo, ellos lograrían que usted vendiera la casa y les prestara lo que quedaba faltando para comprarle lo que él les tenía negociado en las dos mil libras, sin dejar que aumentara el precio

— Y mi madre ¿qué contestó a eso? — preguntó Arthur.

— Ella dijo que No. Que ella prefería morirse de una vez que aceptar que usted saliera perjudicado por errores de ella. Eso dijo: por errores de ella... Y ya no hablaron más.

Arthur preguntó a Panks ¿qué pensaba él?. ¿Qué significaba eso? Panks expresó que, como él lo veía, era una presión por algún asunto secreto del pasado. Pero que también podía ser que ella tuviera una deuda muy grande que había logrado, de alguna manera, que desapareciera sin pagarla y que ese hombre lo descubrió y la chantajeaba con eso. Lo grave del asunto era que sin duda Flintwich lo sabía de antes y se había hecho el inocente.

Panks preguntó a Arthur:

— Y usted, ¿qué quiere usted?, señor Clennam

Arthur dijo que él quería que su madre tuviera paz y tranquilidad. Que si vendiendo la casa se la podía dar, él vendería la casa y que no le importaba de quién había sido la culpa de lo que fuera que se tratara esa situación. Eso, sin duda tendría relación con su padre que ya estaba muerto.

— Eso sí, yo prefiero que el hombre Blandois no obtenga lo que quiere porque sin duda seguirá hablando y martillando y burlándose de mi madre y también de mí. Pero sobre todo, ella

no debe sufrir esas humillaciones —fueron las palabras finales de Arthur en este asunto.

Panks entonces le dijo que tranquilo, que buscarían a los que habían puesto el aviso en Calais, que seguro por ese camino la justicia francesa se haría cargo de su ciudadano. Tenían casi cuatro meses para hacer contacto con ellos.

Luego Arthur le contó a Amy lo que ellos habían deducido de esos avisos de Calais y de lo que Cavaletto sabía del tipo Rigaud y de la consiguiente certeza de que no era otro que el bandido Blandois que en ese momento quería estafar a su madre.

Estando todo así, Arthur se sintió tranquilo porque conocía las habilidades de Panks y estaba seguro de que llegaría al fin deseado. Luego le agradeció a Amy toda esa información y cuidado y volvió a recomendarle a su madre y también a la pobre Affery. En cuanto a Flintwich, lo mejor era no preocuparse por él y punto. Si él sabía eso malo que había pasado en la familia, también era culpable por no haber dicho nada antes y se tendría que callar para siempre. Posiblemente huiría.

Así se despidieron. Panks salió rápidamente y Arthur con Amy regresaron a la cafetería para que ella comiera antes de volver a su casa, la Marshalsea...

Métodos de enriquecimiento

Trepar por la escala económica de una sociedad supone, para alguien que está abajo, encontrar la forma de subir el primer peldaño, ubicarse en él y de ahí pasar al segundo peldaño y hacer la correspondiente ubicación... y así seguir subiendo hasta

la altura deseada y luego mantenerse en ella cumplimiento de sus deberes, en paz y tranquilidad. Esquemáticamente hablando este es el método tradicional y desde siempre aceptado porque cada nueva altura del personaje está sustentada por el esfuerzo y la habilidad adquirida en los pasos anteriores. Es el plan de progreso personal que la educación promueve en cada individuo y que corresponde a una buena relación entre la causa, es decir el esfuerzo, el aprendizaje y el trabajo, y el efecto que está representado en la riqueza adquirida.

También aparecen repentinamente en las sociedades métodos mucho más rápidos y que hacen parecer fáciles de alcanzar buenas alturas, sin el pesado asunto de trepar paso a paso. Ganarse una lotería, puede ser uno de esos métodos. Estar en el testamento de un desconocido tío rico que nos deja un gran hacienda, es otro, convertirse en el vértice de una pirámide por el método de los gimnastas que van metiendo capas y capas de otros gimnastas de menor rango, por debajo de sus pies y que lo van subiendo... este es evidentemente un método tramposo y fraudulento pues siempre tiene que haber un engaño para convencer a los otros de que a todos les conviene y de que si voluntariamente aportan sus esfuerzos, ellos también subirán, mientras llevan a la cúspide a quien la comenzó.

Los Dorrit ricos

Dos días después de la charla con Arthur y Panks, Amy había regresado a la casa de la señora Clennam con su puntualidad y buen trabajo de siempre.

Arthur estaba en 'Clennam y Doyce' concentrado en el pensamiento de opciones que pudieran abrir camino en Inglaterra para los inventos de su socio, sin estrellarse contra el

dominio de los dogmas políticos de inmutabilidad laboral y financiera del pueblo inglés, dogmas defendidos a rajatabla por los funcionarios del sistema.

De pronto, antes del mediodía, Arthur fue sorprendido por la llegada de Panks en estado de gran conmoción. Traía una cantidad de papeles bajo el brazo. Papeles listos para que los hermanos Dorrit los firmaran, de ser posible ese mismo día. Los trámites finales se tomarían como máximo tres días, explicó no sin resoplidos y ruidos extraños entremezclados.

— Qué quieres que yo haga? —preguntó Arthur

— Pues, sería bueno que hable usted con la señorita Amy, para que con ella pongan al padre y al tío en aviso de su fortuna y todo lo demás que ya hablamos... —contestó Panks.

Arthur le dijo que Amy estaba ese día trabajando en casa de su madre. Que él iría enseguida para allá y, si le parecía bien, a eso de las tres de la tarde podrían encontrarse todos en casa del tío Frederick y de ahí saldrían con él para la Marshalsea. Panks solo contestó:

— Ok. Perfecto. Cumplido. Ja,ja,ja!

Affery abrió la puerta en cuanto Arthur llegó. Lo primero que le dijo era que Jeremiah había salido. Que andaba a todas horas haciendo mala cara. Arthur la tranquilizó y le pidió que permaneciera en la puerta y no dejara entrar a nadie. Cuando viera venir a Jeremiah que subiera enseguida a avisarle, que él no quería que lo encontrara conversando con su madre y la pequeña Dorrit.

Arthur explicó a Amy, en presencia de la señora Clennam lo que, en relación con las finanzas de la familia Dorrit, había

descubierto Panks con ayuda de un abogado y de John Chivery, el hijo del carcelero principal de la Marshalsea, y que esa misma tarde se lo comunicarían a los hermanos Frederick y William Dorrit. Que ellos debían firmar los papeles y esperar a lo sumo tres días para recibir el dinero y los títulos de la herencia.

Ambas mujeres se quedaron como estatuas. Amy no reaccionaba. Permanecía como espantada. Josephine se le acercó, puso una de sus manos sobre el hombro de la pequeña costurera y le dijo que era una buena noticia, que estuviera tranquila y feliz y que comiera algo ahí, con ella y con Arthur, antes de irse a todo lo que tendría por hacer, por preparar, por pensar... Luego la abrazó con mucho afecto desde su silla de ruedas y le dio un beso en la frente.

Arthur que veía todo esto, no lo podía creer. Su madre abrazando y besando a alguien. Eso, para él, no formaba parte de ningún recuerdo ni experiencia anterior.

La señora Clennam llamó a Affery y le dijo que buscara lo mejor que tuviera para que todos, incluida Affery, comieran y bebieran. Algo para celebrar.

Arthur mismo ayudó a Affery y pronto estuvieron todos en el cuarto de la madre comiendo ostras y bebiendo pequeñas copas de un vino muy bueno que la señora tenía guardado desde hacía tiempos para alguna oportunidad especial que pudiera presentarse.

Luego de unos minutos más de charla, Amy se despidió de Josephine prometiendo no olvidarla nunca. Con cuidado la abrazó mientras le agradecía en el alma y le repetía que el que

le hubiera permitido trabajar con ella había sido la salvación para toda la familia Dorrit, aunque ellos no lo supieran. Finalmente abrazó a Affery y prometió volver apenas pudiera.

Contentos de que Flintwich no hubiera escuchado nada de la anterior conversación, Arthur y Amy salieron para ir a casa del tío Frederick a fin de contarle del suceso y acompañarlo a la firma de los papeles en la Marshalsea.

Así fue como la familia Dorrit cambió totalmente de vida. Se pagaron todas las deudas. Se ayudó a los amigos fieles y pobres, en particular, a los Plornish para que pudieran comprar el negocito de una pequeña tienda con el cual soñaba la señora Plornish, para desarrollarlo y atenderlo con ayuda de su padre. A ellos les fue encargado por Amy el cuidado de Maggi, quien también podría ser de gran ayuda en la tienda que pronto montarían.

Expertos de todas las artes llegaron a la Marshalsea para ayudar: Sastres y costureras para confeccionar vestidos para todos, tanto para los viajeros como para los amigos. Programadores expertos para planear un viaje de la familia por Europa. Serían como mínimo seis meses de paseo y conocimiento de los lujos y las alegrías de la sociedad de clase económica elevada, con todos los trámites necesarios de adelanto de reservaciones de hoteles y transportes, de consecución de coches y caballos, etc, etc... Incluida la contratación en París de una experta para la educación social de las señoritas.

En algún momento Arthur llegó hasta la puerta de la cárcel y pidió al joven John que le dijera a la pequeña Dorrit que si

podía bajar un momento. El chico fue enseguida y unos minutos después llegó Amy .

Arthur la saludó sonriente y se interesó por saber cómo iba todo, a lo cual ella contestó que todo iba bien y que su padre estaba muy orgulloso de recibir muchas manifestaciones de aprecio, pero sin el asunto de donaciones, y muchas felicitaciones de la gente que entraba y salía.

En cuanto a sí misma, ella le dijo que estaba contenta y triste. Le costaba pensar que estaría tan lejos por tanto tiempo. Arthur le dijo que aprovechara y sobre todo que aprendiera todo lo que pudiera, porque ese era el principal valor de los viajes: aprender del mundo, de la gente, del paisaje, de las artes,... de todo lo que pudiera. Aprender también los idiomas que hablaban las personas. En especial le recomendó que tratara de aprender el francés y el italiano, puesto que los lugares de más larga estadía serían París y Roma.

Luego le pidió que le escribiera a la casa de los Plornish. Era el sitio de los amigos más confiables, porque en la casa de su madre, con ese asunto de Blandois, mejor que no llegara nada del exterior.

Finalmente le dijo que la chica de la que le habló el otro día, que en ese momento era la 'Señora Minnie Gowen', también iba a salir de viaje por Europa, con su esposo. Añadió:

— Los viajeros ingleses suelen encontrarse en esos viajes. Así que si te es posible conocerla, me gustaría mucho que se hicieran amigas. Obsérvala y cuéntame por carta para que yo pueda comunicarle a sus padres un punto de vista más objetivo. Ellos solo recibirán cartas de ella y ella no va a querer contarles

si necesita algo. El esposo es artista, pinta cuadros. Pero aunque en su familia viven como ricos, él no lo es. Pero eso sí, orgulloso sí que es.

Ella comprendió y le dijo que siempre que se encontraran en lugares en donde hubiera otros ingleses, trataría, con cuidado, de saber si los esposos Gowen andaban por ahí..., que buscaría cómo contactarla a ella sola y que a él, a Arthur, le escribiría para contarle.

Arthur le agradeció y la llevó de nuevo hasta la puerta del cuarto de su padre en donde había mucho ruido y gente. Él se abstuvo de entrar. Se despidió prometiendo volver al día siguiente, antes de la salida triunfal del Padre de la Marshalsea, para felicitarlo en ese momento.

El caso Merdle

Con anterioridad a la gran fortuna de los hermanos Dorrit, se había puesto en primera noticia entre los banqueros ingleses el tema del proyecto del señor Merdle.

El señor Merdle fue el protagonista de un gran movimiento de capitales que atrajo a muchos a invertir en su gran proyecto. Así, sobre toda otra opción, muchos propietarios de limitados capitales, de ahorros medianos o de herencias imprevistas que fueron invitados, se apresuraron a invertir en el proyecto Merdle y comenzaron a recibir unas ganancias muy superiores a cualquiera otra fórmula de inversión. Así el señor Merdle y todos sus inversionistas aumentaban inmensamente sus rentas sin disminuir sus capitales, a medida que crecía el número de nuevos inversionistas...

Este proceso de ascenso veloz se tomó un tiempo de seis a ocho meses de crecimiento. Fue una fiebre de la cual ni siquiera se podía decir cuándo empezó. Lo cierto es que las joyas que lucía la señora Merdle fueron la propaganda inicial en el ala femenina de la sociedad y por esa vía fueron contagiados los elementos del sexo fuerte que deseaban vivamente llegar a la cúspide.

Los viajeros Dorrit se instalaron en París. La dama que debía preparar a las señoritas se hizo presente en el piso alquilado por la familia. Estableció un contrato inicial de tres meses para enseñar a sus dos alumnas la cortesía y comportamiento de una dama de sociedad. La señora en cuestión era hija de un General que había muerto varios años antes y Fanny, la hermana mayor de Amy, enseguida comenzó a llamarla con el apelativo de "Señora General". En el primer mes Fanny aprendió con rapidez a saludar, a mirar, a sonreír, a caminar de la forma precisa, glamorosa, y seductora de las jóvenes de éxito. No así Amy para quien ese éxito no era atractivo. Ella pensaba mucho en Arthur y le dolía la imposibilidad absoluta de un encuentro o una charla con él. Aprovechaba bien las enseñanzas del francés y al cabo del primer mes podía hablar y entender en ese idioma lo más común del diario vivir.

En una visita al museo del Louvre, las jóvenes Dorrit se encontraron con un grupo de ingleses que también lo visitaban. Amy no tuvo dificultad en identificar a la pareja Gowen, de acuerdo con las señas que Arthur le había dado. Observó al esposo despedirse y salir. Amy se acercó a la joven y le pareció muy pálida. Pensó que seguramente le habría sentado mal el clima o la comida. De todos modos se acercó para preguntarle si ella había visto en ese museo cuadros de pintores ingleses y

hacia qué lado. Le explicó que, aunque era muy ignorante, le gustaban las pinturas y quería comparar. Minnie, quien efectivamente era la chica en quien Amy pensaba, le sonrió y de la mano la llevó a mirar un par de pinturas de ingleses. Así tuvieron la oportunidad de estar alejadas de sus grupos. Entonces Amy le dijo que ella era amiga de Arthur Clennam y que él le había recomendado que tratara de encontrar a su muy querida amiga Minnie para que se hicieran amigas. Minnie demostró mucho gusto por saber de su amigo Clennam y por conocer a Amy. Deseaba de verdad conversar con alguien durante las largas horas del día porque su esposo estaba pendiente de contactar maestros para aprovechar todas las posibilidades de aprender y mejorar en su arte y solamente regresaba al hotel por la noche. A veces muy tarde.

Ella, Minnie conocía mucho de París porque con sus padres había viajado a esa luminosa ciudad varias veces, antes de su matrimonio. No existía ningún riesgo de que se perdieran si debían regresar solas a sus hoteles que estaban en la misma zona.

Amy avisó a la Señora General que no se preocupara por ella. Que se encontrarían en el hotel.

Fanny, la hermana de Amy también hizo, dos días después, una relación con una señora de más edad que Minnie, perteneciente al mismo grupo de ingleses y que viajaba con su hijo a quien Fanny había conocido en Londres.

Ese joven, Alexander Sparkler, era su gran admirador. El muchacho no brillaba por su inteligencia, pero tenía buenos modales y estuvo feliz de presentar ante su madre a quien él llamaba 'la dueña de sus sueños' y a quien había propuesto

matrimonio más de una vez. Fanny saludó muy cortésmente a la dama como 'Señora Sparkler', a lo cual ella le explicó muy sonriente, que su hijo era de su primer esposo, quien había muerto tres años antes. Actualmente ella era la señora Merdle. Fanny, con una graciosa inclinación la saludó con todo respeto 'Señora Merdle'.

Después de esto se estableció rápidamente entre ellas un gran vínculo, iluminado por la pedrería muy fina y costosa que exhibía el pecho de la gran dama y la belleza y gracia de la más joven. Esa misma tarde Fanny dio el sí a la nueva propuesta de matrimonio de Alexander y el así comprometido galán decidió no viajar sino sobre los mismos caminos que su prometida lo hiciera. La señora Merdle, por su parte se interesó en la historia de la herencia de los Dorrit.

Por su parte, el señor William Dorrit tenía el plan de volver él solo a Londres, en un viaje de quince días, al final del año para hablar con sus asesores económicos y hacer todo lo concerniente a la mejor utilización de su fortuna y la de su hermano de quien él era vocero, así como para redactar su testamento. En cuanto al hijo, Edward Dorrit, él se había separado de la familia desde el comienzo del viaje, llevando todo el dinero que el padre le dio, dinero que según el mismo padre, incluía su parte de la herencia. Su proyecto era algún negocio en Sicilia y para allá dirigió sus pasos en cuanto pasaron el canal.

Las semanas transcurridas entre mediados de octubre y final de noviembre fueron para la familia, semanas de gran actividad social en París con múltiples invitaciones por parte de la señora Merdle y sus amistades. Amy por su lado, además de estar presente en todas las oportunidades de roce social de su

hermana, encontraba los tiempos para acompañar a Minnie en su hotel al menos dos veces por semana.

A este respecto Amy escribió tres cartas a Arthur, sin extenderse demasiado sobre los detalles porque Minnie le pidió expresamente que no lo preocupara por su salud y en gran secreto le contó que esperaba un hijo. Este hecho era la causa de sus malestares. Le dijo que ella misma les contaría a sus padres en cuanto hubiera pasado el primero y más difícil período. En los primeros días de diciembre, los Dorrit se mudaron a Roma, siguiendo el plan inicial. Fueron seguidos poco después por la señora Merdle y su hijo.

Sueños y realidades del señor Dorrit

Estando decidido el plan de viaje del señor Dorrit a Londres, Fanny planeó las cosas para que su matrimonio se realizara en Roma, antes de la salida de su padre. No le fue difícil conquistarse la voluntad de la futura suegra, reforzada por su hijo quien estaba absolutamente encantado con la idea. La ausencia del señor Merdle era algo conveniente para las dos partes. La señora tendría libertad para manejar a su antojo la fiesta, sin el peso de los señores ingleses de los altos puestos de gobierno en su país, con la perfecta disculpa de que la residencia de la familia de la novia era Roma y no Londres. Eso sí, la nueva y feliz pareja viviría en Londres.

El segundo sábado de diciembre se celebró el matrimonio. Los señores Frederick y William Dorrit junto con la pequeña Amy estuvieron a la altura de la distinguida reunión y todo sucedió de la mejor forma. Ocho días después, William Dorrit y la pareja de recién casados viajaron a Londres. En Roma quedaron Amy con su tío en su hotel y la señora Merdle con sus doncellas

en el suyo. En cuanto a la señora General, el señor Dorrit, por solicitud de Amy, la liberó de su compromiso mientras él estuviera ausente, con la promesa de llamarla a su regreso de Londres.

En Londres, al final de noviembre, Arthur había recibido visita de Panks quien le informó que había puesto el dinero logrado con el trabajo del reconocimiento de la herencia de los Dorrit, después de estudiar muy a fondo la cuestión, como inversión en el proyecto del señor Merdle y le recomendó que hiciera otro tanto con los rendimientos de 'Clennam y Doyce'. Arthur lo hizo, confiando en los buenos resultados obtenidos por Panks, y comenzó a recibir los muy buenos réditos de esa inversión.

Arthur nada supo de la estadía de dos semanas de William Dorrit en Londres. Durante esos días el señor Dorrit se sintió en extremo orgulloso del matrimonio de su hija Fanny y deseó vivamente algo similar para Amy, quien al fin y al cabo había sido siempre su preferida. Esperaba que Italia produciría el novio apropiado.

Con estos pensamientos se devolvió a Roma con gran fe en que con suerte sucedería algo similar a lo acaecido en París y que Amy tendría un marido de alcurnia. En el viaje por tierra hasta Roma, en tiempo de mucho frío, aunque con todas las comodidades posibles, la salud del señor Dorrit se vio gravemente afectada. Llegó a Roma a medianoche del día tres de enero y no encontró a su hija esperándolo en la sala. Ella se había ido a dormir. Lo mismo había hecho su hermano. Verdaderamente se sintió herido en su amor propio. No podía entender por qué Amy estaba durmiendo mientras él venía sintiéndose tan mal en el carruaje.

Gran cena en su honor

Amy se despertó con el ruido de la puerta y la voz de su padre e inmediatamente se paró. Solo se había recostado vestida sobre la cama mientras lo esperaba. Salió a abrazarlo. Él le contestó con frases extrañas, mal organizadas, preguntando por el celador de Marshalsea y por qué ella no tenía la comida lista todavía. Ella calentó rápidamente lo que había estado listo a las ocho de la noche que era la hora anunciada de la llegada y lo ayudó a comer, como en los tiempos de la cárcel. Luego lo dejó para que se metiera en la cama. Volvió diez minutos después y lo encontró dormido sobre la cama, completamente vestido, con todo y zapatos. Con cuidado ella lo descalzó, lo cubrió con las mantas y lo dejó realmente dormido, aunque balbuceando sin parar. Entonces ella fue a su cuarto y pasó el resto de la noche alternando unos minutos de descanso con una nueva levantada para verlo . Él seguía igual: dormía y balbuceaba.

Al día siguiente la señora Merdle ofrecía una cena en honor de su consuegro en el comedor del hotel en el cual ella se hospedaba, que estaba muy cerca del piso que alquilaban los Dorrit.

Amy ayudó a su tío y a su padre con el arreglo del pelo de cada uno, de las camisas y de los trajes y ella misma estuvo lista a la hora precisa para ir a la comida. Los tres subieron al coche.

La señora Merdle se acercó a recibirlos. Tomó a William Dorrit por el brazo y lo llevó al puesto de honor en la mesa de ella. Amy se llevó a su tío a otra mesa, un poco separada de la primera y así comenzó la cena.

Poco después de haber comenzado, uno de los pajes se acercó a Amy con una nota de parte de la señora Merdle, escrita a lápiz

en un pedazo de papel rasgado: *"Tu padre está muy raro. Ven por favor"*

Amy se levantó sin demora y fue rápidamente. Su padre estaba alegando con los habitantes de la Marshalsea y diciendo que llamaran a Bob, que lo necesitaba urgentemente. Que andaban muy descuidados con la atención al Padre de la Marshalsea..., ella se le acercó y con cariño le dijo: "padre, vamos para que te acuestes, te va a subir la fiebre otra vez. Vamos rápido". Desde donde estaba hizo señas al tío para que se acercara y, ayudados por el paje, los tres salieron y subieron al coche.

Ya en el cuarto de su padre, ella le ayudó a tenderse sobre la cama, le quitó los zapatos y comenzó a ponerle paños de agua tibia sobre la frente para que le bajara la congestión que presentaba. Frederick a su lado temblaba de angustia. Amy le dijo que fuera a descansar. Que ella cuidaría de su padre hasta que se durmiera. El viejecito se fue. Poco después ella despertó porque el cuello le dolía. Seguía sentada en el borde de la cama pero con la cabeza medio caída sobre su padre. Se enderezó un poco y vio a su padre sobre la cama, de espaldas a ella con la cabeza muy inclinada, como hundida sobre su hombro más bajo. También vio al tío arrodillado del otro lado de la cama, apoyando la cabeza sobre el brazo de su hermano. Amy se movió un poco y, sin ponerse de pie, intentó despertarlos. Ambos estaban muertos. Ella no tenía fuerzas para nada. Se tendió del todo al lado del padre y se durmió profundamente. Seis horas después despertó a la plena luz del día y repentinamente le llegó la memoria de un sueño terrible. Entonces se paró con rapidez, miró a sus queridos y ahí estaban, igual que en el sueño. Comprendió que no había sido un sueño.

Su cerebro agotado la había engañado y la hizo dormir. Ahora estaba despierta y estaba sola. Tenía que enfrentarlo.

Era el día cinco de enero. Lo primero que Amy hizo fue enviar una nota a la señora Merdle informándole. El emisario regresó poco después con la nota. La señora había salido de urgencia para Londres esa madrugada, en un coche expreso que llegó a recogerla.

Esa fecha quedó clara en todos los documentos italianos oficiales relativos a la muerte de los hermanos Dorrit. El quinto día del año.

Buen trabajo de lógica

El dos de enero Panks y Arthur Clennam hablaron de comenzar las diligencias para impedir que Blandois regresara a Londres. Panks había recibido respuesta de la Policía francesa, indicándole que se acercara el día tres al puerto de Calais con el testigo que podría reconocer a Rigaud, sin importar el nombre con el cual tal personaje se presentara. Así que al día siguiente, muy temprano, Panks y Cavaletto llegaron a la sede de la Policía francesa en Calais. La entrevista fue breve. Todos los datos aportados eran coherentes.

El propio policía de la entrevista advirtió a Cavaletto que, cuando tuvieran al criminal en la cárcel, él recibiría, por su testimonio, la recompensa de cien coronas, prometida por los hermanos de la señora que murió como consecuencia de las acciones planeadas para ese fin por el fugitivo, crimen que había sido ampliamente comprobado por la justicia en el propio lugar de los hechos.

Por lo demás, les agradeció y les pidió estar atentos. La Policía tenía vigilancia en todos los puertos por donde Rigaud podría entrar al país, pero siempre pueden suceder cosas imposibles de prever. Si ese fuera el caso y Blandois lograra llegar a Londres, les pedían que por favor uno de ellos hiciera de inmediato el viaje hasta allá para indicar el lugar en donde podrían prender, mediante colaboración con la policía inglesa, al malhechor.

Después de escucharlos, Arthur se tranquilizó y encareció a Cavaletto que se mantuviera dentro de la casa, hasta que le avisaran que todo había ido bien y que podía reclamar su recompensa.

Anuncio de tormenta

El año nuevo había comenzado con extraños rumores. Se decía que los banqueros londinenses estaban alarmados porque los inversionistas del proyecto del señor Merdle no habían recibido los réditos del mes de diciembre. El señor Merdle en reuniones con ellos los había tranquilizado con disculpas fundamentadas en demoras de sus inversionistas del extranjero y otras dificultades ocasionadas por el mal estado de las vías y la crudeza del invierno.

Sin embargo, que los rumores no eran falsas alarmas quedó ampliamente comprobado el día cinco de enero, después de que se descubrió el cadáver del señor Merdle quien había muerto por suicidio la noche anterior, en un baño de su club social. Como dato especial, la señora Fanny Sparkler declaró que la víspera, hacia las siete de la tarde, el señor Merdle había pasado por su casa para saludarlos y que, curiosamente, le había pedido prestado a ella un cortaplumas. Resultó ser el mismo cortaplumas que al día siguiente ella reconoció en la oficina

judicial. Los investigadores habían identificado ese cortaplumas como el arma utilizada por el señor Merdle para realizar el paso final de su proyecto.

El señor Sparkler era el hijo de la esposa del parlamentario muerto, quien había obtenido para él, antes de finalizar el año anterior, una curul en la Cámara de los Lores, curul que aseguraba a la joven pareja contra las amenazas de la pobreza así como a la viuda que dejaba, la protegerían las joyas que ella tuviera la precaución de guardar lejos de los posibles y seguramente numerosos acreedores de su marido.

Ese día, cinco de enero, se desplomó el proyecto y con él las economías de muchos, en particular las de 'Clennam y Doyce'.

Lo que quedaba del dinero que había entrado después de haber sido hecha la inversión, no alcanzaba ni para pagar las cuentas de ese mes. Arthur estaba muy confundido. Panks llegó corriendo y por poco se arrodilla a pedir perdones, pero continuaba asegurando que eso no tenía por qué haber pasado. Que él había hecho muy bien todas las cuentas y la inversión era segura... pero de todos modos, la situación era grave para Clennam y Doyce y él Panks no tenía nada de dinero que pudiera aportar para ayudar con el pago de algunos deudores más urgentes. Todos sus ahorros se habían ido con el proyecto del muerto.

— No sufras tanto, Panks. Todos caímos y todos, o mejor, cada uno tiene que llevar su parte, aunque no lo hubiera pensado así. Es que cuando se reúne tanto dinero, las personas simples como nosotros no podemos entender si la cosa va bien o mal. Es como cuando llueve demasiado tiempo, no podemos prever los caminos del agua y de pronto hasta nos tumba nuestra casa que

nos parece muy firme —dijo Arthur, quien solamente pensaba en su socio y en la confianza que había depositado en él.

Arthur se sentía ignorante y tonto. Pensó en los veinte años de China y no recordó haber sabido nunca de un caso similar al que los golpeaba en ese momento en Londres. Volvió a hablar a Panks:

— Al menos, en el futuro, seremos muy desconfiados de los negocios demasiado buenos, mi querido Panks. Por ahora, pues tocará visitar a los banqueros y oír de ellos las consecuencias inmediatas para esta empresa de esa inversión apresurada por parte del socio Clennam.

Así pasaron toda la tarde. Al final se separaron y Arthur decidió no hablar de eso con nadie más. Fue a buscar una cena y se retiró a su hotel con todos los diarios por leer. Necesitaba elementos para pensar en el asunto.

Despertó temprano el día seis. Sin duda tendría que meterse en el tumulto de los bancos. Pero podría esperar. Al fin, no tenía nada de dinero para pagar. Por tanto si la cosa se ponía muy grave, pues iría a la cárcel... entonces pensó en la pequeña Dorrit y en su vida en la cárcel que no le quitó esa sonrisa y esa forma de pensar, siempre primero en los otros... —¿Qué será la vida de ella y de su familia?—, se preguntaba. No habían llegado más cartas. Tal vez tomaron rumbos diferentes ellos y los Gowen y ella no habría visto más a Minnie y tal vez por eso no había vuelto a escribir. Arthur no podía hacer nada más aparte de esperar.

Siempre se puede esperar algo bueno

Mientras esperaba lo que pudiera llegar vía abogados y jueces, Arthur decidió que vería a Cavaletto. Siempre lo divertían las ocurrencias del italiano aterrorizado con el solo pensamiento al recordar al tal Rigaud o Blandois

En casa de los Plornish ya sabían de las preocupaciones financieras de Arthur. Panks les había explicado el asunto y estaba muy confundido y apenado, confesándose el único culpable, según le contó la señora Plornish. Arthur les levantó el ánimo y les dijo que las cosas tendrían que arreglarse algún día, que tocaba tener fe y poner buena cara.

Cuando Cavaletto bajó a saludar, Arthur lo vio muy mejorado, sin muleta aunque con alguna cojera, pero de buen ánimo. Él era el mejor modelo para atravesar una situación de poco dinero. Sin más se sentaron a conversar en una buena mezcla de inglés e italiano y todos se entendían a las maravillas.

Una hora más tarde apareció Panks. Se había pasado dos horas en el sector de bancos y no pudo preguntar nada sobre si cabía esperar alguna restitución de los dineros invertidos. En su cabeza no entraba la idea de que todo estuviera tan mal. Entendía que no pagaran réditos, pero por qué no devolvían el capital?... Arthur le dijo que mejor no pensara en eso. Que en el futuro algo aparecería. Y siguieron hablado de lo que los diarios anunciaban, de las diferentes opiniones a favor y en contra de la señora Merdle, por el hecho de ser la esposa del que murió por haber engañado a muchos.

Arthur comentó que ese señor había sido la primera víctima, eso significaba que no había pensado bien el asunto. Porque qué

caso tenía enriquecerse para suicidarse a continuación... Así iba la conversación cuando llamaron a la puerta.

Dos hombres, evidentemente franceses, buscaban al señor Giovanni Cavaletto. Al escuchar su nombre, el aludido se metió en su cuarto y cerró por dentro. La señora Plornish les preguntó que a quién debería anunciar pues el joven se encontraba un poco enfermo.

Los señores dijeron que ellos eran los hermanos de una señora que había muerto. Que ellos ofrecieron una recompensa a quien les ayudara a encontrar al perverso que la mató y que el señor Cavaletto se había ganado la recompensa. El señor Rigaud o Blandois ya estaba en una cárcel muy segura en el interior de Francia, gracias a las indicaciones que el señor Cavaletto le había dado a la Policía. Que ellos querían entregar personalmente la recompensa.

Arthur subió en carrera y llamó a Cavaletto diciendo que le traían dinero porque habían capturado a Rigaud. Que bajara.

Fue muy divertido el asunto. En ese momento, Cavaletto se convirtió en el más rico de todos los presentes. ¡Cien coronas!. En toda su vida, jamás había visto tantas monedas importantes juntas y todas de él.

Redención de la madre

Los señores, después de entregado el premio, quisieron conocer a la señora a quien Blandois estaba amenazando. Arthur les dijo que esa señora era su madre y que con gusto los llevaría hasta allá. Así fue como Arthur llegó con los portadores de la buena noticia que liberó a la señora Clennam de todo temor respecto de revelación de secretos y de pagos injustos.

Affery ofreció a todos, por indicación de su señora, una copa de vino francés de buena calidad y unos pastelitos que acababa de hornear. Los señores se sintieron muy honrados y se despidieron contentos de que esa dama tan culta, además constreñida a una silla de ruedas, no tuviera que sufrir por un bribón de la calaña de Rigaud. Ese buen resultado, de alguna forma, lo sentían como un homenaje que hacían a su propia hermana.

Arthur salió con ellos, prometiendo a su madre que regresaría por la tarde.

Dejó a los franceses en el coche que los llevaría a Calais y se fue a su hotel pensando en Flintwich a quien no había visto. Volvería en un rato y preguntaría por él y por los ruidos que asustaban a Affery y además avisaría a su madre que, de momento, él no contrataría la pintura del exterior de la casa. "Me alegro por el problema de los cimientos ya resuelto", se dijo y con tranquilidad abandonó lo demás en manos del futuro.

Las cosas pueden ser menos malas de lo que parece

Jeremiah Flintwich tenía, desde el último día del año anterior, a su hermano Gilbert plantado en Calais, un poco disfrazado, para observar bien a todos los viajeros que llegaran procedentes del interior de Francia. En cuanto viera a Blandois, Gilbert debía tomar la primera embarcación que saliera para llegar a Dover y a Londres antes que él. Gilbert había dejado, por orden de Jeremiah, su paquete de ropa y cosas que se llevaría, en el sótano, porque ese mismo día ellos tenían que perderse. Él, Jeremiah, por su parte, había retirado la mitad de los dineros existentes en la oficina, los cuales le correspondían de acuerdo

con el trato de socios igualitarios. Lo único diferente era que él no iba a entrar en el asunto de pagarle a Blandois. Que Arthur ayudara a su madre; él, Jeremiah, ayudaría a su hermano y escaparían. En cuanto a Affery, que se quedara donde quisiera. Seguro que si la señora sobrevivía la llevaría con ella, o si no Arthur se haría cargo. Así, él, Jeremiah no tendría nada que ver con la revelación del secreto del nacimiento de Arthur. Él no iba a romper esa promesa que hizo en vida de los ahora muertos, tío Thomas Clennam y sobrino James Clennam (el padre de Arthur), relativa a la guarda estricta del secreto.

Cumpliendo las órdenes del socio de Josephine Clennam, el día cuatro de enero, Gilbert vio a Blandois bajar de un carro que llegaba procedente del interior de Francia y, antes de que Blandois lo pudiera ver, Gilbert se embarcó en el paquebote que en ese momento comenzaba a atravesar el canal. Después de desembarcar, Gilbert tomó un coche. Se bajó antes de llegar a la casa, y corriendo entró al sótano para hacer la señal convenida. Cuando Jeremiah bajó, su gemelo le dijo que en Calais había visto llegar a Blandois y que en el siguiente bote, seguro se embarcaría. Así fue como, sin averiguar ni avisar nada, media hora después, los dos hermanos, con sus apariencias un poco camufladas, iban a pie por el camino de Cambridge, con el pensamiento de tomar algún carro que tuviera espacio para ellos. En Cambridge verían qué podían hacer o buscarían otro destino. Lo importante era poner tierra de por medio con los Clennam, madre e hijo, con el malvado Blandois y de paso, con Affery.

Blandois había sido visto también por los hombres de la Policía francesa, quienes le impidieron llegar al bote sin que Gilbert se hubiera percatado del hecho.

La tarde del día memorable por la recompensa que recibió Cavaletto, Arthur fue de nuevo a casa de su madre. Ella lo recibió sonriente. Algo completamente inusual, pero muy satisfactorio para él. Affery llegó en cuanto escuchó la voz de su querido Arthur, y sin ninguna ceremonia comenzó por decirle que Jeremiah había desaparecido desde hacía dos días y que se habían acabado, también desde ese día, los ruidos que ella escuchaba debajo de la cocina.

Arthur le preguntó a su madre si había visto las últimas cuentas de Jeremiah. Ella le dijo que sí y que faltaba exactamente la mitad del dinero. Ella lo interpretó diciendo que "el socio se voló con lo que consideró que le pertenecía antes de enfrentar el gran problema que teníamos entre manos". Pero que con las buenas acciones de su hijo a quien ella agradecía en el alma, y de los amigos de ese hijo con quienes ella se sentía en deuda, todo se había arreglado de una forma absolutamente inesperada y feliz.

Entonces Arthur les contó de todos los pasos que dieron, en particular Panks y Cavaletto, para llegar al final y de la recompensa que recibió Cavaletto quien era el único que había conocido de cerca, en la cárcel de Marsella, al hombre tan buscado en Francia y ubicado gracias a las pruebas que dio y que condujeron a los investigadores a la certeza de que sí era el mismo pero con otro nombre, "ese tal Blandois que te estaba extorsionando".

Al final dijo: "Y en cuanto a Jeremiah, pues olvidarlo es lo mejor".

En cuanto a ella, su madre, Arthur le dijo que él no podía colaborarle porque la empresa 'Clennam y Doyce' estaba

pasando un momento muy difícil y además Doyce estaba en el Oriente y era imposible contactarlo. También le dijo que él creía que Panks le podría ayudar porque era bueno con las cuentas y había renunciado a su trabajo con Casby. Era el único hombre de confianza que él podía recomendarle. Pero que no lo hiciera socio antes de conocerlo y pensar a fondo, sino simplemente que le ayudara con la contabilidad y el correo mientras Doyce regresaba. Entonces, volverían a conversar al respecto.

"Sí, dile que venga. Yo le pediré que me ayude para ver si esta empresa tiene alguna esperanza, y en ese caso reavivarla, o si no la tiene, para darle fin de una manera legalmente válida, sin necesidad de escaparme al estilo de mi último socio".

Arthur estuvo muy acorde con el pensamiento de su madre. Ambos se sentían como si de repente hubiera desaparecido la montaña de diferencias que existió entre ellos por casi cuarenta años.

Finalmente Arthur dijo a Affery que si le ofrecía un café, lo tomaría con gusto antes de darse una vuelta por su oficina.

Lo viejo y bueno, renace

Josephine sugirió a su hijo que podría volver a vivir en su casa y a dormir en su cuarto si quería. Él prometió pensarlo esa noche.

— De pronto, mañana te llego de sorpresa —le dijo. Se despidió de ambas después de tomar el café y salió.

Cuando Arthur cerró la puerta después de salir, Josephine pidió a Affery que arreglara bien el cuarto de Arthur, de modo que cuando él viniera al día siguiente, lo encontrara listo. Affery juntó las manos en forma de plegaria y dijo emocionada:

— ¡Sí!, ¡sí!...

Arthur encontró en su oficina dos cartas y una nota de Panks. Las cartas eran relativas a los pagos que esperaban dos acreedores en esos días. Panks quería verlo en casa Plornish esa misma tarde.

Antes de volver al hotel, Arthur fue a visitar a los amigos y se encontró con que lo estaban esperando para cenar. Cavaletto invitaba. La cena había sido preparada con esmero y todos se habían olvidado de los problemas. Hasta Maggi, quien ayudaba permanentemente al padre de la señora Plornish en la tienda, estaba con él compartiendo la rica comida con toda la familia.

Arthur disfrutó y habló de su madre y de lo muy agradecida que estaba con Panks y Cavaletto. De paso le dijo a Panks que a la mañana siguiente fuera a verla porque ella estaba un poco perdida con las cuentas, pues Flintwich había abandonado la empresa y él le había prometido que Panks podría ayudarla. Que por el momento no la preocupara con el asunto Merdle. Panks aceptó con una gran sonrisa.

Ya en su hotel, Arthur pensó que realmente quería pasarse de nuevo a su casa. Era mejor estar allá, además de que se ahorraría la pensión del hotel. Sobre todo, era bueno para él saber que esas dos mujeres quienes formaban realmente toda su familia, sin lugar a dudas le darían apoyo y comprensión si las circunstancias lo llevaban a prisión por deudas. Él tenía que asumir las deudas de Doyce, puesto que fue él quien voluntariamente puso todo el dinero en ese pésimo negocio, sin tomarse el trabajo de revisarlo suficientemente por sí mismo.

Con tal resolución tomada, Arthur durmió muy bien. Sobre su ánimo pesaban mucho más la sonrisa de su madre, la alegría de

Cavaletto y la tranquilidad por el problema Blandois bien resuelto, que las preocupaciones financieras.

Se levantó tarde. Bajó a desayunar en la cafetería de siempre y regresó con los diarios. Recogió y empacó todas sus cosas, pidió la cuenta del hotel y la pagó, advirtiendo que más tarde volvería o enviaría a alguien por su equipaje porque su plan era salir en viaje de negocios ese mismo día.

Entonces fue a la oficina por si había llegado alguna nueva carta en la mañana. Había tres, una de ellas con etiqueta de 'urgente'. Todas en el mismo sentido. Los acreedores de la firma extrañaban la puntualidad rigurosa de los pagos de 'Clennam y Doyce'. Por el momento ninguna de las misivas contenía algo como amenaza de denuncia o similar. Esto, dado que no existía ninguna fuente cercana y segura de ingresos, era solo un breve intermedio antes de las acciones legales.

Arthur se sentó a leer los diarios. Aparte de los espacios dedicados a la vida social inmutable de los afortunados miembros de la clase más alta, prácticamente todas las noticias apuntaban a descabros económicos de muchos inversionistas que habían perdido más de lo que tenían, pues no eran pocos los casos de personas que se habían endeudado expresamente para invertir en el proyecto Merdle. Arthur pensó que el único amigo que quizás le podría informar y aconsejar era Meagle y pensó en buscarlo.

Lo detuvo el recuerdo del apego extremo de ese amigo a las rutinas legales establecidas y prefirió evitarse un sermón, sin duda bien intencionado, que muy posiblemente no llegaría a producir ningún plan viable para sortear la mala situación. Finalmente se decidió por esperar. Si algún desesperado

denunciaba a 'Clennam y Doyce', pues sin duda llegaría una orden judicial de presentarse, y él lo haría. Por el momento lo mejor era trasladarse a casa de su madre.

Cavaletto fue el comisionado para recoger el equipaje de Arthur en el hotel y llevarlo a casa de la señora Clennam con la razón de que por la tarde su hijo iría a organizar sus cosas para quedarse a vivir allí.

Además, Arthur entregó a Cavaletto las llaves de 'Clennam y Doyce' con el encargo de abrir todos los días que él no pudiera hacerlo, de diez a once de la mañana y de cinco a seis de la tarde, para recoger las cartas y recibir algún recado. Que comentara con Panks al respecto. Que el resto del tiempo dejara las llaves en manos de la señora Plornish.

Así, ese día, siete de enero, calculando que Panks hubiera terminado sus labores y se hubiera retirado, Arthur llegó a su casa familiar como el buen hijo que era. Comenzó por preguntar si habían sabido algo de Jeremiah y siendo negativa la respuesta, inquirió sobre Panks y quiso saber si su madre había simpatizado con las rarezas de ese amigo.

La señora Clennam, ante alguien de un carácter tan rotundamente opuesto al de Flintwich, se había sentido bien. Ni una sola discusión. Solo expresión de dudas y preguntas para aclarar algunas cosas. El día había sido tranquilo. Panks había salido media hora antes y prometido regresar al día siguiente.

Arthur, antes de pasar a relatar algo de sus propios asuntos, dejó completamente en manos de su madre las decisiones relativas al tipo de contrato que podría establecer con Panks. También le dijo que cuando necesitara más ayuda por alguna razón, cualquiera que fuera, ella o Affery, podían pedir a Panks que

llamara a Cavaletto para que les ayudara. Luego entró a exponer su propia situación.

Los problemas suben y bajan

Josephine algo sabía del fracaso del proyecto Merdle. Arthur le dijo que él nunca imaginó que tal proyecto fuera así, tan absolutamente descabellado y que había considerado muy oportuno, sin indagar suficientemente, invertir en él lo que la empresa Clennam y Doyce tenía en caja. Que desde el día anterior habían empezado a llegar cartas de acreedores, quienes sin duda interpondrían acciones legales en los días siguientes. De tales acciones legales resultaría que él , como deudor insolvente sería condenado a permanecer encerrado a modo de fianza en la cárcel de deudores. Sin duda al regreso de Doyce podrían responder, pero mientras tanto, pues él estaba solo y además era solamente él, Arthur Clennam, quien había cometido los errores.

La madre solamente contestó a su hijo que comprendía perfectamente y que contara con lo que ella pudiera hacer para colaborarle. Al fin y al cabo, la cuestión en sí misma había sido un error cometido por ignorancia y precipitación pero sin ningún fondo de maldad. De ese error, además de la consecuencia inmediata del encarcelamiento que sin duda terminaría pronto, quedaría para todos una visión mejor del mundo de los negocios. Al final le pidió que le avisara por medio de alguno de sus amigos si se precipitaban los hechos. Realmente Josephine Clennam no parecía demasiado alarmada.

Al día siguiente Arthur salió temprano para su oficina. Hizo un alto para esperar a Panks antes de que llegara a la casa y decirle que se abstuviera de echarse culpas a sí mismo por el asunto

Merdle y mucho más, se abstuviera de comentar nada en ese sentido con su madre. Él, Arthur, le había contado a ella cómo estaban las cosas pero no había mencionado a Panks porque no venía al caso. Que él estaría encantado de dejar a su amigo Panks colaborando con la empresa que había sido fundada por su abuelo John Clennam, pero que no se opondría a ninguna decisión que Josephine Clennam y Panks tomaran al respecto, así fuera la de liquidarla definitivamente. Se despidieron en ese acuerdo.

Las acciones legales no tardaron en aparecer. Después de dos días de entradas y salidas en juzgados y oficinas de abogados, siguiendo el consejo del abogado que había colaborado con Panks en el trabajo a favor de la familia Dorrit, Arthur mismo se declaró insolvente y pidió ser llevado a la Marshalsea.

El día diez de enero Arthur Clennam ingresó como interno en la misma cárcel en donde, veintitrés años antes, había nacido la pequeña Amy Dorrit.

El nuevo interno puesto en evidencia

Después de las pocas formalidades del ingreso como interno en la Marshalsea, Arthur Clennam fue saludado por el joven John, hijo del portero principal, y acompañado por él para que ocupara un cuarto cercano al que antes había ocupado el padre de Amy. Un sitio feo, sin más luz que la poca que se filtraba por un ventanuco estrecho y alto que no mostraba el cielo sino las sombras de unos techos más altos ubicados del otro lado de la calle, a espaldas del edificio de la cárcel.

Arthur se quedó solo en ese lugar cuyo mobiliario estaba constituido por una cama rústica y una silla del mismo género y

nada más. Él había dejado en su casa un paquete con las cosas que quería que Panks o Cavaletto le llevaran y se había despedido de su madre y de Affery como todos los días. Mientras llegaban sus cosas se sentó para acomodar su respiración al ambiente y a los olores poco agradables y para recapacitar en los sucesos recientes de tan diversas calidades, que habían trastornado sus rutinas.

Lo sacó de sus pensamientos el ruido de unos golpes en la puerta.

— ¡Entre! —dijo y levantó la cabeza. El visitante era John, quien traía un mueble de mejor calidad, compuesto de dos gavetas y un pequeño estante para libros.

— Señor Clennam —comenzó a decir John—, este mueble es de mi propiedad pero con mucho gusto se lo traigo para que tenga en dónde acomodar sus cosas. En cuanto a ellas, si usted quiere, yo puedo ir a traerlas —terminó y se quedó mirando a Arthur con una especie de interés mezclado con algo de rencor.

— Muchas gracias John. Usted es un joven muy amable. Por mis cosas no se preocupe que Panks quedó de traerlas más tarde. Quiso añadir siéntese, pero con la falta de sillas sería como mandarlo a sentarse en el piso.

El propio John lo sacó del aprieto:

— Voy a traer un par de sillas que se pueden dejar aquí por el momento —dijo y salió. Dos minutos después llegaba con dos sillas. Entonces, Arthur le dijo que se sentara para que pudieran conversar.

— Para mí es muy raro esto de hablar con usted— dijo John.

— ¿Por qué? —preguntó Arthur.

— No quiera jugar conmigo, señor Clennam. Usted sabe muy bien el porqué pero yo valgo tan poco que ni siquiera se da cuenta de que existo —fue la respuesta del joven.

Arthur, totalmente desorientado, no recordaba cuándo ni con qué motivo ese joven se sentía menospreciado por él.

— De verdad no puedo saber por qué me dices eso. No tengo ningún motivo para pensar que vales poco. Veo que eres un joven muy atento, bien educado y generoso —le dijo con sencillez.

— Usted sabe muy bien que yo..., que yo... estoy muy apegado a la señorita Amy, que... que yo la amo mucho... —dijo el joven casi llorando.

— No lo sabía, John, pero eso no es ningún motivo en contra tuya. Debes decírselo a ella —fue el gran consuelo que Arthur pudo darle.

— Se lo he dicho y he querido demostrárselo muchas veces... pero ella no tiene pensamientos sino para un hombre. Su único amor —dijo John.

— Y quién es ese amor de la pequeña Dorrit? —preguntó Arthur.

— No me venga con que no lo sabe, señor Clennam —respondió John con un tono realmente rencoroso.

— No lo sé. John, te lo aseguro. ¿Puedes decirme quién es? —continuó el perplejo Arthur, mirando a John a la cara.

— Pues es usted!. Usted y solamente usted. Todos aquí lo sabemos!

Arthur se quedó sin palabras. No podía creer que todos supieran algo tan importante y que él lo hubiera rechazado. En ese

momento recordaba un par de veces que sintió que él amaba a la pequeña Dorrit, pero había rechazado ese pensamiento como algo imposible. Él podría ser el padre de Amy. Era imposible que ella llegara a amarlo... Y resulta que todos saben que sí, que ella lo ama.

— John, te agradezco esto que me acabas de decir y que yo ignoraba... Te pido me perdones pero quiero estar solo con mis pensamientos. De todos modos te respeto y te deseo lo mejor...
—añadió Arthur mientras John iba saliendo.

Noticias de Italia

Sentado en la misma silla, a puerta cerrada, Arthur continuó sin levantar la cabeza, hasta que oyó la voz de Panks que lo llamaba desde afuera en voz alta:

— Señor Clennam, soy yo!

Abrió la puerta para que pasara Panks con sus cosas. Detrás de él venía la señora Plornish con un cesto. Entraron. La señora comenzó de una vez a arreglar la cama. Panks sacó del cesto la comida que traían de la cual Arthur no tenía muchos deseos. Sin embargo comió un poco, dejando el pan y el queso para más tarde.

Hablaron un rato. Sus visitantes estaban preocupados pero Arthur los tranquilizó. Él confiaba en que su permanencia en ese sitio no sería larga. Era necesario pensar primero y para eso lo mejor sería que él hablara con el señor Meagle que era quien más fácilmente podría contactar a Doyce para contarle el suceso. Solo que de momento no podían molestar a Meagle porque estaba de viaje en algún lugar de Italia en donde su hija estaba un poco mal de salud, y además muy necesitada de la

ayuda materna para la preparación de lo necesario en vistas de un bebé que venía en camino.

Amy no había vuelto a escribir, así que por ese lado no había modo de averiguar nada. Arthur no sabía en dónde andaban los Dorrit en esos días. Pero sería cosa de tener un poco de paciencia y nada más. Realmente Arthur estaba tranquilo y seguro. Además los acreedores de Clennam y Doyce seguramente no morirían de hambre y provisionalmente levantarían el dinero por otros lados.

Cuando sonó la campana de cierre, se despidieron y quedaron en verse al día siguiente a la misma hora. Arthur encargó a Panks que tranquilizara a su madre y a Affery y que les dijera que él las recordaba mucho. Les mandó abrazos a todos los amigos del rincón Plornish.

Al finalizar una semana de estadía en la cárcel, Arthur supo que los dos hermanos Dorrit habían muerto el día cinco de enero en Roma. Frederick, el mayor de un ataque cardíaco y el padre de Amy de un grave problema cerebral. Nada se sabía de Amy ni de su hermano. Fanny, la hermana casada con Sparkler estaba en Londres, se encontraba mal de salud y no había recibido ninguna comunicación de sus hermanos.

Enfermedad y enfermeras

Arthur comenzó a sentirse físicamente mal. Le subió fiebre. El médico lo atendió y le recetó medicamentos que le ayudaron un poco. Sin embargo no recuperaba las fuerzas necesarias para pararse. Dormía en medio de tremendas pesadillas. Sus amigos venían solo un rato y casi no le hablaban para evitarle esfuerzos. Todos los días una señora hacía el aseo del cuarto y

alguien le llevaba agua y algo para comer. Él no comía prácticamente nada. Solo medio mordisqueaba el pan y lo pasaba con agua. La fiebre se volvió intermitente. A ratos se despertaba y miraba alrededor y reconocía los objetos. Otros ratos solo veía bultos y figuras como fantasmas...

Josephine mandó llamar a Cavaletto. Le dijo a Affery que preparara algo suave y fácil de comer y también ropa para cambiar a Arthur y que se fuera con Cavaletto a la cárcel. Allá la dejarían entrar y ella podría atenderlo. Además que le dijera que había recibido noticias de Roma, que Amy ya pronto podría viajar a Londres. Que estuviera tranquilo.

Esa tarde Arthur estaba algo mejor. Le dolía la cabeza pero no tenía fiebre. Cuando Affery se le acercó, él la reconoció y trató de sonreír. Ella comenzó por enderezarle un poco la cabeza y darle unas cucharadas de la sopa que le traía. Una pocas y lo dejó descansar. Luego le ayudó a cambiarse la ropa y a lavarse la cara y las manos. Otras cucharadas de comida... beber algo de agua de hierbas, buena para la fiebre. Así, poco a poco el enfermo se sintió mejor. Ella le contó de su madre y de la pequeña Dorrit que llegaría pronto. Él sonreía. Finalmente Affery y Cavaletto se fueron. Ella volvería todos los días siguientes en cuanto pudiera, y Cavaletto la acompañaría sin condiciones todo el tiempo que ella quisiera.

Una mañana estaba Arthur cansado después de una noche con variaciones de temperatura y de sueños. A ratos dormitaba, a ratos miraba a su alrededor. En un momento le llegó el olor del campo en primavera. El olor de las primeras hierbas. Entreabrió los ojos y vio un vaso con flores sobre el mueble de los libros. La señora del aseo entraba a barrer y él le señaló las flores y con dificultad preguntó:

— ¿Quién las trajo? —La mujer le dijo que no sabía. Ella acababa de llegar. Él quiso tocarlas y ella se las acercó, sin el vaso. El las pasó por su cara y poniéndolas sobre la almohada se durmió con la mejilla sobre ellas.

Cuando despertó, unas manos conocidas le acariciaban la cabeza. Ella le hablaba suavemente:

— Soy yo..., ya vine..., señor Clennam

— Mi...pe que ña Do...rri.t —dijo Arthur. Cerró los ojos y sonrió.

— No haga esfuerzos, solamente déjeme estar aquí a su lado. No me diga que me vaya... —En ese momento un ruido detrás de la cama lo sobresaltó. Amy le dijo:

— Es Maggi, vino conmigo a visitarlo. —Él hizo un saludo con una mano y Maggi le contestó de la misma forma desde lejos...

Arthur vivió varios días en convalecencia. Pero al fin estuvo casi completamente bien. Se sentía débil pero sin fiebre. Comía mejor.

Arthur quiso que Amy le contara todo lo que había pasado en el viaje. Ella le contó de la amistad con Minnie que solo duró mientras estuvieron en París, porque después los grupos siguieron caminos diferentes. De las cosas que había aprendido. Del matrimonio de Fanny. De su hermano que se quiso quedar en Sicilia en donde él se había enganchado en un negocio de caballos... y por allá seguía. De su padre y su tío que murieron en una misma noche,... eso se lo contaría después. Aunque no fue tampoco demasiado terrible, le adelantó: los italianos del hotel y de las oficinas la ayudaron mucho. Fueron muy amigables.

No pudo viajar con la señora Merdle como tenían planeado, así que viajó sola cuando terminó de arreglar todos los asuntos legales. Pero finalmente, ya estaba en Londres y no pensaba viajar de nuevo en los siguientes diez años, por lo menos.

La pequeña Amy se interna

Cuando Arthur se pudo levantar normalmente quiso que la pequeña Dorrit fuera a visitar a la señora Clennam y a Fanny y que hiciera una vida normal. Que él estaría bien, que ella no se preocupara ni gastara todo su tiempo en la cárcel.

Amy no quiso llevarle la contraria. Se despidió y antes de marcharse subió a ver al encargado con el fin de tomar en arriendo para ella el pequeño cuarto de la buhardilla, el mismo que ella había utilizado los tres años finales de la estadía de su padre como interno de la cárcel.

Planeaba llegar antes del cierre y dormir ahí, para salir por la mañana en cuanto abrieran la puerta, dando un par de miradas al señor Clennam para cerciorarse de que no le volvía la fiebre.

Hecho el trato, Amy pasaba el día visitando a las personas queridas. Casi todos los días llegaba a casa de la señora Clennam y Affery y compartía con ellas, además de conversaciones y chismes, pequeños trabajos que podía hacer: algo de costura, algo de cocina, un poco de aseo... etc. Otros días con la señora Plornish hablaban de los sucesos, de los políticos, de la señora Merdle que apenas logró llegar para el entierro de su esposo y que pasaba malos ratos por la repentina carencia de dinero. Amy se divertía mucho practicando con Cavaletto y la señora Plornish y los niños el poco italiano que había aprendido en Roma. Pero algo es algo, y el idioma de

Dante se maltrataba también en la Plaza del Corazón Sangrante de Londres.

Una tarde, Amy llegó a la cárcel un poco antes de tiempo y, en plan de esperar el momento oportuno, entró en una pastelería de la calle de detrás de la Mashalsea. Sorpresivamente se encontró con Flora Casby y su inseparable tía heredada. Flora, muy emocionada se paró para abrazarla, darle el pésame por la muerte del padre y al fin a preguntarle por Arthur a quien ella acompañaba varias veces por semana, desde ahí, porque él no quería recibir ninguna visita y no le permitían a ella entrar.

Amy le contó que ella tampoco podía conversar con él pero que pasaba la noche en el mismo lugar de antes y solo cuando habían cerrado la puerta, bajaba con cuidado de no despertarlo, para ver si no tenía fiebre. Luego se retiraba. Lo mismo por la mañana, antes de que abrieran, lo miraba de lejos y salía. Él no quería visitas.

Así, quince días después de que Arthur la despachó a divertirse en Londres, Amy regresó en plan de visitarlo. Lo encontró mejor y sonriente. Él preguntó si ella había venido algún día a saludarlo. Ella le dijo que sí había venido algunas veces pero que no lo había saludado. Solo lo hacía para saber si él no tenía fiebre.

Él le dijo que era una chica desobediente y los dos se rieron. Luego, aprovechando el momento relajado, ella le habló de las finanzas y de que al día siguiente Fanny y ella tenían una cita con el abogado que su padre había contratado para atender el cumplimiento de su testamento. Él suspiró. Ella le dijo que confiaba en que podría ofrecerle algún apoyo y él le dijo que

eso no lo aceptaría nunca. Que por favor no le insistiera. Simplemente no podría ser.

Situación difícil

Y así terminó la visita. Amy salió triste, pero no demasiado. Ella estaba segura de que Arthur la amaba y también estaba segura de que el amor era más fuerte que todo lo demás...

Arthur por su parte se preguntaba por qué había sido tan ciego durante todo ese tiempo en el cual, amando a su pequeña Dorrit como la amaba y habiendo podido establecer con ella una relación más fuerte, un compromiso formal e incluso un matrimonio, él no lo hizo, ni siquiera lo intentó. Pero ahora, con ella rica y él en su situación actual, sería injusto permitir que se hiciera ilusiones. Sus pensamientos optimistas se habían ido cuando regresó Amy a quien él no podía ofrecer nada. Se sacudió para ahuyentar la tentación depresiva y recobrar la fe en un futuro mejor aunque lejano, demasiado lejano...

Se había dormido ya, cuando unos pasos leves lo despertaron. Él se mantuvo quieto y simuló dormir. Ella llegó, tocó su cabeza, se inclinó y lo besó dulcemente en la mejilla. "Te amo mucho"... dijo en voz baja. Volvió a besarlo y salió.

Arthur se sintió lleno de dulzura. Ese amor tan verdadero. Ése era el tesoro que debía salvar. Lo defenderían entre ambos. Tenía que existir la forma de hacerlo. ... Se durmió con la certeza de que el amor se podía salvar, aunque todo lo demás se desplomara..."Ella está durmiendo aquí, en la Marshalsea...", fue su último pensamiento..

En la mañana Arthur estaba bien despierto cuando Amy entró. Ella lo miró y él sonrió. Los dos rieron en tono bajo. Ella solo le dijo:

— Esta tarde vengo, amor —con la punta de los dedos le envió un beso desde la puerta y se fue.

El día fue de grandes pensamientos para Arthur. Pensó en la corta duración de la vida. Pensó en lo que había sido realmente valioso para él: la educación en el temor de Dios que su madre le inculcó... lo había hecho un hombre honesto pero un poco sombrío. Las prácticas cristianas de asistir a los servicios religiosos con puntualidad y sin ganas, le enseñaron que los compromisos adquiridos hay que cumplirlos aunque no nos gusten. El cariño de Affery le enseñó a ser un hombre considerado con los demás y a tratar de ayudar a otros. La ansiedad de su padre le enseñó que los hombres pueden hacer cosas que les pesan sobre el corazón para siempre y no los dejan ser felices.

Pero este amor, este sentimiento de lo más valioso, que brillaba en su interior y que iba llenando e iluminando todos los vacíos que su imaginación le presentaba... este amor le había llegado de una niña que había vivido para practicar el amor hacia los suyos en medio de la miseria, recibiendo a veces ingratitud y hasta rechazo de los mismos que se beneficiaban con él, pero ciegos, completamente ciegos respecto de la fuente de ese amor... ese amor tenía que ser salvado. Él viviría para eso. Para salvar el amor. El amor de Amy. Su amor.

De pronto Arthur sintió hambre. Buscó algo de pan y queso que tenía guardados y comió. Después de beber agua, se levantó, tomó su cubo del agua y bajó a la bomba para llenarlo.

Despacio pues sus fuerzas no estaban todavía completas, lo subió a su cuarto y se dio un baño. Affery le había dejado ropa limpia, de modo que pudo cambiarse. Más o menos se arregló la barba y el pelo. Después puso orden, estiró las mantas sobre la cama, recogió algunos papeles que el viento que entraba por el ventanuco había sacado de su sitio y, finalmente se sentó a leer.

El mal que puede convertirse en bien.

Pasadas las tres de la tarde llegó Amy. Traía una gran sonrisa. Venía sola, aunque la intención era venir con Fanny. Sin embargo, Fanny había cambiado de idea y se fue directamente a su casa al salir de la oficina del abogado.

Arthur se adelantó para abrir la puerta. Amy entró y ambos abrieron los brazos. Fue un abrazo lleno de amor, de alegría, de besos y finalmente de risas felices. Amy observó el orden del cuarto y acarició la cara de Arthur mirándolo a los ojos con inmensa ternura. Entonces se sentaron.

Amy traía papeles y cuentas en su mano y se las dio mientras le decía:

— Aunque no quieras compartir mi fortuna, hazme el favor de mirar este documento para que me ayudes a manejarla.

Arthur tomó con cierta reticencia el papel. Empezó por mirar el último renglón con el dato del balance y se devolvió al comienzo, lo iba leyendo y daba señales de extrañeza y desconfianza. Miró entonces el nombre de la oficina y los nombres de los abogados y al final le dijo a Amy:

— ¿Qué te dijeron?...¿te explicaron las causas de este saldo tan absurdo?

— Si, amor. Las mismas causas que te tienen a tí aquí. Mi padre vino en diciembre para asegurar nuestro futuro. Hizo su testamento y dejó la orden de invertir todos los capitales en el proyecto Merdle hasta el tiempo de ejecutarlo, para que nuestros bienes tuvieran el máximo rendimiento mientras le llegaba a él su hora final —Amy miró hacia Arthur sonriendo. Luego dijo:

— La pobre Fanny se puso a llorar. Luego le dió rabia, se paró y se fue. Por eso no vino a saludarte.

Arthur se acercó, la hizo levantarse de la silla y la abrazó nuevamente. Sus ojos se llenaron de lágrimas. En sus corazones ambos lloraban agradecidos por el camino del amor que se abría completamente libre ante ellos. Al frente estaba el camino del esfuerzo, el camino de la voluntad de seguir juntos. La certeza de que el trabajo recuperaría lo que parecía haberse perdido: eso que al final se reducía a dinero y el dinero siempre es una añadidura.

Luego de besarla, Arthur le dijo simplemente:

— ¿Quieres casarte conmigo?"

— ¡Sí, amor, lo quiero con toda mi alma! —Nuevamente se abrazaron. Luego Arthur le pidió:

— Ve a casa y cuéntale a mi madre que estamos comprometidos. Dile que mande a Affery contigo a la casa del cura para avisarle que nos casaremos en cuanto yo salga de la cárcel. Que Affery lleve una nota al respecto firmada por mi madre. Cuéntale a todos los amigos. Que todos se alegren con nosotros".

Planes de largo alcance

Luego de pensar un poco, Arthur añadió:

— Creo que lo mejor es que esta noche te quedes o en casa de mi madre o en la de Plornish, para que no tengas preocupación de que te cierren la puerta de aquí. Mañana vienes con quien quiera traer el desayuno y desayunamos en esta mansión —se abrazaron de nuevo y ella se fue casi corriendo.

Media hora después de la salida de Amy apareció Cavaletto. Venía muy emocionado y dijo, mientras le entregaba un papel doblado:

—Ahora sí signore Arthur, tuto va estar bene.

El papel era una nota de Meagle que decía:

Arthur,

Acabamos de llegar de Italia mi esposa y yo. En mayo seremos abuelos. Ahora mismo estoy de viaje otra vez. Me voy a traer a Daniel. En un máximo de ocho días estaremos aquí. Ánimo que el mundo no se ha acabado. Un gran abrazo de tus amigos de siempre. Tesoro mandó abrazos para tí y para Amy.

Nos vemos pronto,

T. Meagle.

Arthur le dijo a Cavaletto:

— Sí mi amigo: va a llegar el socio Doyce, arregla bien nuestra oficina —luego continuó:

— Y te cuento que Amy o 'mi pequeña Dorrit' y yo nos vamos a casar el mismo día que yo pueda salir de aquí. Estás invitado!
—añadió:

— Otra cosa, Cavaletto. Quiero pedirte que por estos días te vayas a dormir a casa de mi madre para que Amy se quede en tu cuarto en la de Plornish. No se ve bien que la novia viva en la misma casa del novio antes del matrimonio

Cavaletto comenzó a saltar de alegría. Arthur lo llamó y le dijo en voz baja:

— No hables de esto aquí porque el pobre John va a sufrir con eso. Él siempre ha estado enamorado de la pequeña Dorrit

— '¡Altro!, ¡Capisco!' —fue la repuesta del alegre Giovanni. Enseguida Arthur escribió una nota para su madre y otra para su pequeña Dorrit, explicando lo de las habitaciones.

El desayuno del día siguiente llegó con Affery, quien pidió que se lo dejaran a ella. En turno seguía la señora Plornish, luego Flora Casby, y todas quisieron repetir...

La señora Clennam mandó llamar a Plornish para que pintara el cuarto de Arthur y encomendó a Panks que con asesoría de la señora Plornish, comprara una cama más comfortable junto con su colchón y almohadas para que fuera la cama de la pareja. Que si les servía llevara al cuarto que ocupaba Cavaletto en la casa Plornish la cama actual de Arthur, que era la misma que había tenido desde los diez años. Affery lavó toda la ropa de cama que tenían, junto con buenas sábanas y mantas que llevaban años guardadas sin uso. Panks se acercó en secreto a la casa Casby y esperó a Flora. Le sugirió que faltaba un cuadro para adornar la alcoba de los próximos recién casados y ella sin

dudarlo ni un minuto, escogió los dos mejores de su salita y se los entregó.

A Amy no la dejaron entrar al cuarto que siempre había sido el cuarto de Arthur, porque 'era de mala suerte' para una novia visitar la alcoba de su marido antes de casarse. La suegra supo que su nuera tenía un vestido blanco. Le regaló algunos adornos sencillos y finos que ella guardaba desde su propia boda, para completar. También se preocupó por la ropa y el calzado que vestiría su hijo.

En la cárcel, con la ayuda de John, Arthur hizo contacto con el barbero- peluquero que en ese tiempo era interno y le pidió que lo arreglara, todo a buena cuenta de Cavaletto quien obsequió ese servicio a su 'signore Arthur'.

Los pasos precursores del futuro

Una semana duró el noviazgo. Al completarse el sexto día, ya de noche, llegaron a Calais Daniel Doyce y su amigo Meagle. El día siguiente a las nueve de la mañana, Arthur y Amy los recibieron en la Marshalsea.

Daniel, tan amplio y sonriente como siempre, levantó el ánimo de Arthur y en ese solo día hizo todos los movimientos para que su socio pudiera salir.

Acordaron que Arthur dormiría en la Marshalsea. Por la mañana, a las ocho, llegaría Affery para ayudar en el arreglo del novio y saldría con él para la iglesia. Daniel Doyce, quien sería el padrino, recogería a la novia en casa Plornish, para entregarla al novio en el altar. Todos los demás llegarían a la iglesia. Panks se quedaría con la señora Clennam para esperarlos en la casa.

A las nueve y treinta comenzaría la ceremonia. Un cuarto de hora antes, todos los amigos estaban en la iglesia, incluidos Fanny Sparkler. y su esposo y Flora Casby y su inseparable tía. No faltaban los conocidos y otros habitantes de la Marshalsea.

Momentos antes del comienzo de la ceremonia, un coche grande se detuvo en la puerta y con gran movimiento de hombres, bajaron a la señora Clennam en su silla de ruedas. La habían traído para que no se perdiera la boda de su hijo. Ese fue el afectuoso y delicado aporte de Panks , Cavaletto y el señor Plornish, ayudados por John Chivery y su padre quienes aceptaron gustosos la invitación que Panks les hizo.

El matrimonio se realizó y se firmó en la misma parroquia en donde la pequeña Dorrit había sido bautizada veintitrés años antes.

De allí salieron felices hacia la realización del amor, hacia la vida en familia con la madre anciana pero serena y sonriente, hacia la casa de tantos años, junto con la niñera que esperaba ser niñera-abuela. Se prometieron continuar las amistades familiares para apoyar el crecimiento personal y económico de todos.

Panks sería el socio de Josephine en la empresa familiar y el contable de 'Clennam y Doyce'.

Cavaletto sería el hombre de confianza y el encargado de todos los asuntos del funcionamiento físico de la casa Clennam.

John Chivery se convirtió en un adulto equilibrado y magnánimo. Heredó el cargo de su padre como carcelero principal y dedicó sus ratos libres a la escritura de las

'Memorias de la Marshalsea'. Llegó a ser un escritor reconocido.

Realmente, **"el amor, la fe y la constancia todo lo pueden"**.

FIN DE "LA PEQUEÑA AMY "